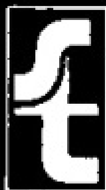


Selección

TERROR

BURTON HARE

LA BARRERA DE LA MUERTE



SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

BURTON HARE

LA BARRERA DE LA MUERTE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 272
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 10.012 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

El ataúd era el más lujoso que conseguirse pueda con dinero. Ricas tallas lo adornaban, y aplicaciones de plata, y un acolchado de raso que costaba una pequeña fortuna.

Sobre el acolchado, el cadáver del hombre joven y extraordinario bien parecido no daba la sensación de alguien muerto, sino que más parecía dormido, apaciblemente dormido.

Las luces de la estancia eran reducidas, discretas, diluyendo las siluetas de quienes se movían en torno al catafalco, para dar el último adiós al joven propietario de la antigua mansión que había pertenecido a los Lorraine casi desde el principio de los tiempos.

Luego, ya solos los familiares y amigos más íntimos, se procedió a cerrar el ataúd. Los sepultureros procedieron a afirmar la pesada tapa, la atornillaron a conciencia, y minutos más tarde se iniciaba el cortejo fúnebre hacia el mausoleo alzado en la linde del bosque propiedad de la familia.

Era un panteón recio, grande, tan antiguo como la casona. Constaba de una capilla, una antesala de la que partían los escalones que descendían a la cripta, y ésta allá abajo, excavada en la roca viva. La cripta estaba formada por una bóveda octogonal en cuyos muros habían sido labrados sendos nichos, en los cuales se colocaban los féretros conteniendo los restos de los difuntos Lorraine. Sólo podían ser enterrados allí los descendientes directos de la familia que llevaran el apellido del fundador de la dinastía.

El ambiente, allá abajo, era frío, húmedo y desagradable. Hacía años que no se enterraba a nadie en la cripta, y las bisagras de las rejas rechinaron lastimosamente en esta ocasión.

Fue una ceremonia breve, sencilla. El lujoso ataúd fue colocado en la cavidad correspondiente, el pastor rezó un breve responso y todos salieron como si tuvieran prisa por encontrarse de nuevo bajo el cielo plomizo y sombrío de ese día triste y tormentoso.

Los amigos se despidieron ante la entrada de la casa. Quedaron sólo dos de ellos, además de la familia Lorraine en todas sus ramas.

Empezaron a caer grandes gotas de lluvia en el momento en que entraban en la casa. Las nubes oscuras y bajas precipitaron el crepúsculo y pronto la lluvia fue torrencial, como un sudario impenetrable, repicando en los tejados, azotando las ventanas, ahogando todo ruido... incluso el rechinar de las rejas del panteón cuando la huidiza silueta delgada y alta se deslizó dentro del recinto de los muertos.

Tal como el propio John Lorraine hubiera deseado, la ceremonia de su entierro no pudo haber sido más sencilla.

* * *

Estaban todos en torno a la mesa cenando en silencio, atendidos por la servidumbre. En total, nueve personas afectadas aún por el reciente y repentino fallecimiento del acaudalado propietario de las inmensas tierras, las granjas, las industrias y negocios inmobiliarios que se extendían por todo el país.

Fuera, más allá de los ventanales, bramaba la tormenta y se sucedían los relámpagos, y cada trueno era un estallido apocalíptico que retumbaba desde las montañas al mar; desde los campos a las marismas.

Una voz comentó:

—Es como si la naturaleza hubiera querido sumarse al duelo por la muerte de Johnny...

Varias cabezas se volvieron hacia la muchacha que había hablado. Brenda Sharp farfulló:

—No seas cursi, querida. Eso es sólo una tormenta.

—Anne tiene razón —gruñó el padre de Brenda—. Los elementos desatados son... son como...

Se le fue el hilo y calló, como avergonzado.

Anne apartó el plato intacto y encendió un cigarrillo.

Era una muchacha de unos veinte años, de una belleza espléndida y serena a un tiempo. Sus grandes ojos azules estaban llenos de tristeza y parecía realizar grandes esfuerzos por contener las lágrimas.

Fumó en silencio, consciente del antagonismo que existía entre varios de los presentes. Antagonismo contra ella, cuyo único delito había sido amar a John Lorraine.

Un tipo joven, delgado, comentó con implacable sarcasmo:

—Apuesto que adivino tus pensamientos, Anne querida... Si sólo hubiera muerto una semana más tarde, ¿eh? Sólo siete días, y serias la mujer más rica de Inglaterra.

—¡Tommy! —protestó un hombre de cabellos grises.

Anne palideció aún más, y sus ojos fulguraron con una llama de rebeldía.

Con voz ahogada murmuró:

—Deberías avergonzarte de ser tan mezquino. Estás convencido que los demás tienen forzosamente tu descarnada ambición. Eres incapaz de comprender que otros sentimientos más nobles puedan mover a un hombre y una mujer...

—Ya se, hablas del puro amor desinteresado. Pero no te enamoraste de un pordiosero, sino de John Lorraine, ni más ni menos.

Anne se levantó, rígida.

—Eres despreciable, además de mezquino.

Giró sobre los talones y abandonó el enorme comedor ahogando los sollozos. Hubo un coro de reproches contra Tommy, pero éste se limitó a reír y después dijo:

—Lo que pasa, querida familia, es que el único sincero aquí soy yo. He dicho en voz alta lo que todos tenéis en el pensamiento y eso escandaliza a tan

distinguidos aristócratas...

—¡Cállate de una vez! —tronó su madre, airada.

—A veces pienso, querido sobrino, que algo no funciona como es debido en tu cabeza —sentenció su tío Simón.

El se encogió de hombros.

—Podéis protestar, claro. Pero apuesto la cabeza vacía que me atribuís, a que ninguno renuncia a su parte de la herencia del adorado Johnny. ¿A qué no?

De nuevo le apostrofaron, airados, sin que Tommy se alterase lo más mínimo. Sólo cuando el colérico concierto terminó, dijo:

—Por lo menos, reconocéis conmigo que si primo Johnny hubiera vivido una semana más, fecha en que pensaba casarse con esa adorable mosquita muerta de Anne, la inmensa parte de su fortuna se nos habría escapado de las manos, ¿eh? Hay que ser prácticos en este mundo rudo en que vivimos. Por mi parte, y ya que era su destino morir, prefiero que lo haya hecho ahora que no dentro de siete días.

Esta vez pareció que los demás no tenían ánimos para apostrofarlo. Cambiaron aturdidas miradas, murmullos de indignación, y eso fue todo.

Los sirvientes continuaron con su silenciosa tarea hasta dar fin a la cena. Tras ésta, todos pasaron a la confortable biblioteca para saborear el café y unas copas de buen licor.

Un fuego de seca leña ardía en la gran chimenea. Delante de ésta un enorme perro lobo dormitaba apaciblemente.

Brenda hizo una mueca.

—Supongo que ahora, no estaremos obligados a soportar a esa horrible bestia dentro de la casa —exclamó.

—Nos ocuparemos de buscarle un lugar en el garaje.

—Mejor sería desprendemos del animal. Sin Johnny aquí va a sentirse muy extraño —runruneó la estirada madre de Tommy—. Soy de la opinión que un perro como éste, sin su amo, no será feliz.

El perrazo abrió los ojos, irguió la cabeza y paseó su salvaje mirada de uno en uno de los presentes. Se puso de pie, sacudiéndose. Luego comenzó a olisquear aquí y allá, hasta llegar a la puerta.

Tommy refunfuño:

—Busca a Johnny, seguro. Nunca me gustó ese bicho... cuando enseña los colmillos, me da dentera.

Bruscamente, el perro quedó inmóvil, tenso. Su hirsuto pelaje se erizo y empezó a gruñir amenazadoramente, con la nariz pegada al suelo junto a la puerta.

—¿Y ahora qué le pasa?

Brenda insistió:

—Mañana mismo nos desharemos de él...

Todos observaban el extraño comportamiento de «León». Parecía enfurecerse por momentos y sus gruñidos se volvieron broncos, hasta que,

alzando el hocico, emitió un largo, espeluznante aullido que retumbó en toda la casa como un mal augurio.

El aullido hizo que todos sintieran un ramalazo de supersticioso temor. Tommy gruñó:

—Esa bestia huele la muerte.

El perro se alzó sobre sus patas traseras y arañó la puerta cerrada, impaciente por salir. Todos le miraban asombrados, porque el animal continuaba gruñendo cada vez más enfurecido.

—Bueno, abre la puerta, Tommy, y dejemos que se largue, al diablo, de aquí —dijo el tío Simón.

Un cegador relámpago centelleó allá fuera y el chispazo alumbró la estancia como un estallido de luz. Instantáneamente, éstas parpadearon y en el instante en que el trueno retumbaba de modo ensordecedor, se apagaron sumiendo la biblioteca en penumbra sólo aliviada por el resplandor de las llamas de la chimenea.

Alguien dejó escapar un quejido. Una mujer contuvo un chillido. Tommy fue hacia la puerta y farfulló:

—Lo que faltaba. Voy a echar a ese animal al jardín le guste o no, y después me ocuparé de buscar alguna luz.

Abrió las puertas. «León» dio un salto adelante y desapareció en las tinieblas. Tommy maldijo en voz alta y fue a salir, pero entonces detúvose en seco y balbuceó:

—¿Qué diablos...?

Se volvieron hacia él, sorprendidos. Su madre chilló:

—¿Qué ocurre, hijo?

—¡Ahí... había...!

—¿Qué?

Tommy retrocedió, aturdido, y cerró las puertas de golpe.

Cuando giró sobre los pies vieron que estaba lívido.

Simón Sharp gruñó:

—¿Y ahora qué pasa contigo? Cualquiera diría que viste al diablo.

—Bien pudiera ser.

—¿Qué?

—Estás borracho...

El sacudió la cabeza.

—Había algo ahí fuera..., algo extraño.

—¿Qué cosa? Nunca oí decir que en esta casa hubiera fantasmas —se burló Brenda.

—No sé... me pareció ver una figura humana vestida de un modo muy extraño... como alguien del pasado. Llevaba jubón, y...

—¿Y no arrastraba una cadena? —cloqueó Collin Royce, otro de los primos del difunto señor de la mansión.

—Llevaba espada y daga —tartamudeó Tommy.

Le respondió una carcajada general.

Collin abrió las puertas y se asomó.

—¡Eh, el fantasma! —llamó—. ¡Por favor, venga a tomar una copa con nosotros...!

Nadie rió su ocurrencia. Todos miraban a la puerta como si, realmente, esperasen ver aparecer a un caballero de la Edad Media en el umbral.

Collin volvió a cerrar y comentó:

—Ya ves, querido Tommy, que tu fantasma no quiere tratos con nosotros.

—Hubiera jurado que lo vi... el perro pasó junto a él como una bala.

—Si hubieses bebido un par de copas creería que viste visiones. Estando sobrio, Tommy, todo eso es realmente inquietante. Deberías consultar con un buen psiquiatra.

El comentario le arrancó un seco gruñido.

Justo en aquel instante, Brenda empezó a chillar.

Su alarido fue tan espeluznante, que todos dieron un salto al volverse en redondo, estupefactos.

Brenda tenía la mirada clavada en el ventanal y sus ojos parecían a punto de saltarle de la cara. Su dedo rígido señalaba la negra oscuridad del exterior como si estuviera viendo una visión infernal.

Su padre la zarandeó, alarmado.

—¡Pero, hija! ¿Qué te sucede?

—¡Allí...!

—No hay nada en la ventana... ¿Qué diablos pasa esta noche? —farfulló Anthony Parkins, otro de los parientes.

Brenda se cubrió la cara con las manos, estremecida. Por entre los dedos crispados balbuceó:

—Me miraba... ¡Estaba mirándome!

—Pero ¿quién?

—Aquella cosa..., aquella cosa horrenda.

—¡Diablos! ¿De qué estás hablando, Brenda?

—No lo sé..., no sé lo que era. Parecía una cara, pero era horrible... no era humano... no era nada de este mundo.

Collin comentó:

—Vaya noche. Fantasmas, caras de monstruos, un perro loco, y sin luz. Eso parece una película de terror.

La señora Helga Kall, madre de Tommy, rodeó los hombros de la muchacha con su brazo protector.

—Vamos, vamos, querida..., estás nerviosa, eso es todo. En realidad, la muerte de nuestro pobre Johnny te ha afectado. Nos ha afectado a todos profundamente..., a todos, ésa es la verdad. Creo que deberíamos retirarnos a descansar y mañana veremos las cosas de otra manera.

La muchacha sacudió la cabeza con obstinación:

—¡Había algo al otro lado de los cristales! —insistió—. Algo horrendo... como una cara roída por las ratas, y su único ojo brillaba con el fulgor del infierno...

—¡Ya está bien, hija! —Bufó el señor Sharp, fastidiado—. Deja de decir tonterías.

La señora Kall sacudió la cabeza.

—Me gustaría hacer algo para que comprendieras que todo son alucinaciones producidas por la tensión emocional... ¿Quieres que vaya a la ventana y la abra, para que veas que no hay nada?

Brenda contuvo el aliento.

—¡Estaba allí! —insistió.

La madre de Tommy suspiró.

—Está bien, verás cómo allá fuera no hay más que la lluvia...

Caminó resueltamente hacia la ventana, lodos la siguieron con la mirada menos Brenda, que continuaba con las manos sobre la cara.

La señora Kall llegó a la ventana. La abrió y una ráfaga de viento empujó la lluvia dentro de la estancia.

—¿Lo ves, querida? Todo está tranquilo ahí fue…

Su voz se quebró con una nota aguda. Luego, echándose atrás, dio un grito y se desplomó inerte.

Tardaron unos instantes en reaccionar, porque aquello había sido tan súbito, que cuando se dieron cuenta del desmayo de la mujer, esta yacía ya en el suelo.

Tommy corrió el primero hacia su madre. Los demás fueron tras él, y el señor Sharp cerró bruscamente la ventana para evitar la entrada de agua.

Al hacerlo dio un atemorizado vistazo al exterior. No vio nada más que la cortina de agua, y las sombras de los árboles sacudidos por el vendaval.

Tommy gritó:

—¡Mamá! ¿Qué te pasa, me oyes? ¡Maldita sea, traigan coñac, algo con que reanimarla!

Se organizó un tumulto que duró hasta que la mujer dio señales de vida. Entonces, la señora Kall abrió los ojos, espantada, y chilló:

—¡Estaba allá fuera, lo vi...!

—¿Tú también? Vamos, mamá...

—¡Te juro que lo vi, entre la lluvia!

Brenda suspiró.

—Lo sabía..., sabía que era cierto —balbuceó, temblando—. Esa cosa horrible...

La señora Kall dio un bufido.

—¡Qué cosa horrible ni qué...! Quién estaba allá fuera era Johnny. ¿No comprendes? ¡El mismo Johnny que hemos enterrado esta tarde!

Ahora, nadie replicó. Quien más quien menos pensaba que Helga Kall estaba más loca que un chivo...

* * *

Anne se cansó de dar vueltas en la cama y, con un suspiro, encendió la luz

y se levantó.

Por un instante se vio reflejada en el espejo, cubierta por un pijama, y se le antojó una imagen absurda en ese caserón tétrico que había sido el orgullo de los Lorraine, durante siglos.

Se envolvió en una bata y asomándose al pasillo vio la única lámpara encendida junto al rellano de la escalera. Pensó que era una suerte que hubiera vuelto a funcionar la luz. Cuidando de no hacer ruido, descendió las escaleras y entró en la biblioteca. Estaba resuelta a abandonar la casa por la mañana y no volver a tener ningún trato con toda esa gente ansiosa de fortuna. Guardaría el recuerdo de Johnny y con el tiempo quizá pudiera incluso olvidar ese amor perdido.

Eligió un libro con que esperar al sueño y volvió hacia la escalera.

Entonces oyó el rumor al otro lado de la puerta. Se detuvo, perpleja. Le pareció como si alguien arañara la madera allá fuera, bajo la tormenta.

Anne era una muchacha equilibrada. No sentía temor más que a las cosas concretas. Sin embargo, ese extraño rumor la hizo titubear antes de dirigirse a la puerta y preguntar con voz queda:

—¿Quién está ahí?

Le respondió un sordo gruñido. Suspiró.

Abrió la puerta y «León» entró chorreando agua, temblando y sacudiéndose, salpicando en tomo suyo.

Anne dio un salto atrás para huir de la inesperada ducha.

—¿Cómo lograste salir con este tiempo, pobre tonto?

Acarició las enhiestas orejas del animal. «León» gruñó, ahora amistosamente, mirándola con sus ojos oscuros, salvajes y brillantes.

—Te quedaste sin amo, «León» —murmuró Anne, enternecida—. No creo que ahora te traten demasiado bien...

El perro seguía mirándola. El agua goteaba de su cuerpo empapado.

—Anda, vete a dormir —susurró la muchacha.

El animal no se movió. Ella sonrió y echó a andar hacia las dependencias del servicio. «León» la siguió, al fin. Llegaron a la gran cocina y Anne abrió una puerta, recorriendo un corto pasillo y llegaron a un cuarto reducido. El perro entró, dio unas vueltas en tomo y acabó tumbándose sobre su cómoda yacija.

Anne sonrió. Le había cobrado un profundo cariño al fiel animal que tanto amara a su amo. Al pensar en eso, casi se asombró de que «León no diera muestras de desconsuelo por haber perdido a Johnny.

Acabó dejándolo allí y volvió sobre sus pasos. Fue apagando las luces mientras recorría aquella inmensidad de pasillos y estancias hasta la escalera.

Se encerró en su habitación y, tras despojarse de la bata, se metió en cama dispuesta a leer hasta que el sueño acudiera.

Fue entonces que oyó el leve golpe en la ventana. Sobresaltada, giró la cabeza. Todo estaba oscuro más allá de los cristales.

Hubo otro leve tintineo. Dio un brinco, al comprender que alguien estaba

tirando pequeñas piedras contra el cristal.

En dos saltos estuvo en la ventana. No veía nada en las tinieblas exteriores, así que abriendo la ventana se asomó, dejando que la lluvia azotara su rostro.

En el primer instante no descubrió a nadie. Luego, un breve siseo atrajo su atención hacia una negra figura, delgada y muy alta, que se erguía allá abajo con todo el aguacero desplomándose sobre ella. Le pareció que se cubría con un impermeable negro y flotante.

—¿Quién está ahí? —exclamó, con un leve temor a lo desconocido.

—¿Anne? —Musitó la sombra—. ¿Anne Blake?

—Sí, soy yo.

—No tema por Johnny ¿Me oye? El volverá. La ama.

Anne hubo de contener un grito de espanto. Creyó ser víctima de una pesadilla, o de una pesada broma de cualquiera de los desalmados parientes de Johnny.

Cuando se disponía a replicar airadamente, advirtió que la oscura silueta había desaparecido como tragada por la tierra.

Cerró la ventana. El corazón golpeaba en su pecho como un martillo y, de súbito, se echó a temblar y hubo de refugiarse entre las mantas.

Se forzó a pensar con calma. Era incuestionable que no se trataba de ninguna pesadilla. Estaba despierta y bien despierta.

Alguien quería burlarse de ella y de aquel amor profundo, limpio, que ella y Johnny habían experimentado. Aquella pasión que les hizo sentirse grandes y libres, que les llenó de plenitud en un éxtasis como sólo puede experimentarse una vez en la vida.

Rechinó los dientes. Tommy. Seguro que una brutalidad tan sucia sólo podía haber partido de él.

Se consoló, al pensar que a la mañana siguiente abandonarla la casa y a toda aquella fauna de rapaces parientes ansiosos de riqueza fácil. Ni siquiera obedecería las instrucciones del abogado de la familia Lorraine, que había insistido en que ella estuviera presente en la lectura del testamento.

Se iría, y al diablo con todos ellos.

Volvió a tomar el libro, pero fue incapaz de concentrar la atención en los renglones escritos. Su mente giraba por otros derroteros.

No advirtió cómo se quedaba dormida, ni cómo el libro resbalaba de sus dedos deslizándose al sucio. Se durmió y la luz siguió encendida el resto de la noche.

* * *

El mayordomo dejó las dos maletas en la puerta. Se volvió y una mirada húmeda apareció en sus ojos, fijos en Anne.

—Lo siento, señorita..., no sabe cuánto lamento lo ocurrido. Usted..., usted...

—Lo sé, James. Le comprendo perfectamente.

El chófer de los Lorraine trajo el pequeño coche descapotable de Anne y lo dejó, con el motor funcionando suavemente, al pie de los escalones.

Anne miró en torno a sí por última vez. Sintió las lágrimas cosquillear en sus ojos. Se forzó a sonreír tristemente al mayordomo mientras éste colocaba las maletas en el auto. Luego se instaló en el volante.

Ninguno de los familiares de Johnny había salido a despedirla, y casi les agradecía esa muestra de desconsideración.

Arrancó bajo el cielo turbio de esa mañana sombría. No llovía, pero el aire era denso y húmedo.

Condujo despacio por el amplio paseo hasta la curva, más allá de la cual se abría el desvío hacia el bosque y el panteón de la familia Lorraine. No pudo evitar una mirada a la construcción funeraria que se alzaba al borde de los grandes árboles.

Aplicó el freno bruscamente y detuvo el coche, asombrada.

Pegado a la reja que cerraba el mausoleo descubrió al perro lobo, sentado sobre sus cuartos traseros, el hocico levantado, como esperando...

Anne suspiró. «León podía quedarse junto a su amo y ella se iba. Los dos le habían amado. Decidió despedirse del adorado sueño y, abandonando el coche, echó a andar hacia la tumba.

El perro oyó sus pasos y se volvió. Luego, echó a correr hacia ella, saltando alborozado.

Anne le acarició las orejas.

—No puedes apartarte de él, ¿eh? —murmuró—. Tú también le amaste, «León», mucho más que esos cuervos...

Llegaron junto a la sólida reja de hierro. Anne contuvo el aliento al descubrir que no estaba cerrada. Recordaba perfectamente que los hombres la cerraron con llave tras la ceremonia del entierro.

Sintió un agudo malestar. El perro lanzó un ladrido, sentado a su lado.

—¿Quieres entrar? Me parece que lo considerarían poco menos que una profanación. Una extraña y un perro bajando a la cripta de los Lorraine...

El animal le respondió con otro ladrido.

—Yo también deseo decirle adiós, ¿sabes? De modo que dejaremos que digan lo que quieran.

Tiró de la verja de hierro, que rechinó como de costumbre. La muchacha y el perro se deslizaron dentro del recinto de los muertos.

La capilla estaba tal como la recordaba. Bajaron las escaleras, tras encender la luz. Anne pensó que permanecería allá abajo el tiempo justo para rezar por el alma del hombre que había amado y después se marcharía para siempre.

Confusamente, pensó que era extraño que el perro no diera muestras de desconsuelo. Siempre había creído que esa clase de animales son muy sensibles a la muerte de su amo, sobre todo si éste se ha sabido ganar su afecto tanto como Johnny...

Abajo reinaba la humedad de costumbre, y aquel frío que le llegaba a uno

a los huesos. Anne se estremeció. Después, dio un grito y estuvo a punto de caer de espaldas.

El soberbio ataúd de Johnny estaba abierto. Tenía la tapa caída a un lado, aunque sin muestras de violencia. Alguien había quitado los tornillos con todo cuidado.

Temblando, se aproximó a él dispuesta a ver la cara cerúlea del cadáver...

Sólo que tampoco había ningún cadáver.

Se quedó sin aliento, helada de espanto. Luego, el espanto dejó paso a la más profunda incertidumbre. El perro dejó de olisquear de un lado a otro y se frotó contra sus piernas, perfectamente tranquilo.

—¡Dios mío, Johnny...! —jadeó la muchacha.

Se volvió, desconcertada, aún incrédula. Entonces advirtió signos inesperados sobre los antiguos nichos de los antepasados de la familia Lorraine. Era como... ¡Como si alguien los hubiera abierto también!

Instintivamente se aferró al recio collar de «León», como si necesitara la seguridad de sentir algo sólido y real en las manos.

Luego, paso a paso, se aproximó al nicho más cercano. La tapa había sido movida y quedaba casi una pulgada fuera de su engarce. Con un frío temor que no lograba explicarse, se obligó a levantarla un poco más para atisbar en el interior, donde sólo debían quedar restos de huesos y polvo de siglos...

Pero quedaba algo más. La muchacha soltó la tapa y, con un grito, retrocedió. Luego echó a correr seguida del perro y no volvió a respirar hasta hallarse en el exterior, bajo los árboles, sintiendo el azote vivo del viento en la cara.

Dentro del vicio ataúd había tropezado con una visión de pesadilla. Un rostro corroído, cual si estuviera a medio descomponer, o hubiera sido roído por una legión de ratas, y en el que sólo quedaban jirones de piel apergaminada y un único ojo abierto, fijo y cristalino...

Regresó a la casa para informar de la desaparición del cadáver de Johnny. Temblaba violentamente, y de pronto recordó la negra sombra de la noche, y sus extrañas palabras...

CAPITULO II

—Voy a llamar a la policía —anunció tío Simón, plantado con los demás ante el ataúd vacío—. Esto es una profanación incalificable.

Todos estuvieron de acuerdo. Anne estuvo tentada de sugerirles que dieran un vistazo al antiguo ataúd donde yacía aquella nauseabunda visión de pesadilla, pero lo dejó correr. Sólo ansiaba alejarse, de una vez por todas, de aquella gente.

Salieron fuera del mausoleo en el instante en que un coche se detenía en la curva, al descubrir su ocupante la concentración ante el sombrío recinto funerario.

—¡El abogado Griffiths! —exclamó la madre de Tommy un tanto sobresaltada.

Su voz sonó, no obstante, con una nota aguda, cual si estuviera a punto de quebrársele. Ahora estaba más segura que nunca de lo que viera la noche anterior, en medio del aguacero.

El abogado era un hombrecillo regordete, de cara sonrosada, amante de la buena mesa y de las mujeres no tan buenas. Se reunió con ellos en el paseo. Llevaba una cartera negra y antes que pudiera pronunciar una palabra de saludo, Helga Kall, la madre de Tommy, le anunció:

—El cadáver de Johnny Lorraine ha desaparecido, amigo Griffiths. ¿Qué piensa usted de eso?

El hombre abrió la boca, desconcertado. Olvidó cerrarla en un buen rato.

Caminaron hacia la casa, en un grupo. Ninguno se dio cuenta de que Anne quedaba atrás, sola, parada cerca de su coche. La muchacha les vio alejarse con una mirada dura en sus ojos azules y profundos.

—Pandilla de cuervos —rezongó, entre dientes.

Se instaló ante el volante y suspiró profundamente.

Encendió un cigarrillo para calmar sus agitados nervios. Se había cerrado un capítulo de su vida. El capítulo más hermoso y apasionante. Pensó que con los años volvería a sentir, quizá, una nueva pasión, pero ya no sería lo mismo. Nunca sería lo mismo.

Todos habían desaparecido en la casa cuando dio vuelta al arranque del coche. Condujo despacio en busca de la verja. El jardinero debía haberla dejado abierta tras la llegada del abogado, porque los enormes batientes de hierro estaban abiertos de par en par.

Se disponía a cruzarlos, cuando aquello ocurrió. Alguien apareció, de pronto, cerrándole el paso. Frenó con violencia y el motor se caló.

Asombrada, vio que no había nadie delante de ella.

Sin embargo, hubiera jurado que, un segundo antes, una silueta alta y delgada le había cerrado el paso. Casi estuvo a punto de atropellar a quien fuere...

Desconcertada, volvió a girar la llave de arranque. El motor giró, pero sin

ponerse en marcha. Lo intentó de nuevo, una y otra vez.

No pudo poner en marcha el coche de ningún modo.

Desconcertada, se apeó dirigiéndose a la caseta del jardinero.

No había nadie en ella, pero sabía que un teléfono de conexión interior comunicaba el pabellón con la casa. Llamó y le respondió la voz del mayordomo.

—¿James? Aquí Anne Blake. Estoy en la verja de salida, pero no puedo arrancar el coche... ¿Sería tan amable de enviarme el chófer, por favor?

—Por supuesto, señorita, ahora mismo.

Colgó y regresó al auto.

Estaban sucediendo cosas muy raras a su alrededor, pensó, intrigada. Sobre todo, la aparición nocturna anunciándole que Johnny volvería porque la amaba. Como si los muertos pudieran volver del Más Allá, por mucho que hubieran amado en su vida.

Minutos más tarde, el chófer llegó al volante del pequeño «Austin» del servicio. Era un individuo silencioso y eficiente, que, lo mismo que el resto de la servidumbre, llevaba años en la casa.

Anne señaló su descapotable.

—No arranca —dijo—. Quizá usted pueda descubrir qué es lo que falla, Anthony.

—Con mucho gusto, señorita. Pero usted debe regresar a la casa, por eso traje el coche. Puede volver con él mientras yo me ocupo del suyo.

—No quiero volver, Anthony. Nunca más.

El chófer esbozó una sonrisa, mirándola fijamente.

—La comprendo, señorita Blake. Pero son instrucciones del señor abogado. Dice que, sin usted, no puede dar lectura al testamento.

Anne se quedó helada.

—¿Para qué me necesita a mí? Los herederos están todos allí, con las garras afiladas.

El chófer no pudo ocultar una sonrisa cómplice.

—A pesar de todo, señorita, él insiste. ¡Quién sabe! Aún es posible que pueda fastidiarles un poco. Y disculpe, pero me parece que usted y yo albergamos los mismos sentimientos hacia todos ellos.

—Usted no les aprecia, Anthony.

—¿Y usted, señorita?

Anne sonrió, a su pesar. Sin esperar su respuesta, el chófer añadió:

—Ya nada será igual en la casa, desde ahora. Sin el señor Lorraine... Bien, creo que todos los empleados estamos considerando la idea de abandonar el empleo.

—Lo siento. Sé muy bien que el señor Lorraine les apreciaba mucho... Está bien, volveré, aunque sólo sea para ver cómo se lanzan sobre los despojos.

Tomó el pequeño auto y regresó a la casa.

Se habían reunido en la biblioteca. Todas las miradas convergieron en ella cuando apareció en la puerta. Miradas agudas, llenas de reproches, de

desprecio y de inquietud, porque la insistencia del abogado para que ella estuviera presente les parecía de mal agüero.

Griffiths fue el único que le sonrió abiertamente.

—Estábamos esperándola, señorita Blake —dijo, casi con alegría—. Siéntese, por favor.

—No comprendo para qué debo asistir a la lectura del testamento, señor Griffiths. Yo no pertenezco a la familia.

—Ya lo sé, pero tengo instrucciones concretas al respecto.

Tommy casi chilló:

—¿Instrucciones de quién?

—Del señor Lorraine, por supuesto.

—¿Cuándo le dio esas instrucciones?

—Mi joven e impaciente amigo —dijo el abogado, con leve ironía—, no hago otra cosa que cumplir lo que está escrito en el preámbulo del testamento. Y no veo que este aquí, todavía, el señor James Smith, mayordomo y representante de la servidumbre. ¿No lo han llamado aún?

Hubo algunos murmullos de protesta. Luego, Helga Kall golpeó furiosamente el timbre de servicio, y el mayordomo apareció apenas medio minuto después.

El abogado le señaló una silla.

—Siéntese ahí, por favor. Ahora creo que podemos dar comienzo a la lectura del testamento del señor John Lorraine...

Se hizo un silencio de muerte mientras el procedía a extraer de su cartera un legajo de papel crujiente y recio.

Anne encendió un cigarrillo y se arrellanó en el asiento, dispuesta a contemplar las expresiones de toda aquella gente avarienta y codiciosa.

Griffiths carraspeó, se ajustó los lentes y empezó:

—Hay un breve preámbulo en el que se especifica, taxativamente, quiénes deben asistir a este acto. En concreto, además de los parientes legales, se ordena estar presentes al señor James Smith como representante de la servidumbre, y a la señorita Anne Blake, caso de que el fallecimiento del señor John Lorraine se produzca antes de su boda con dicha señorita... ¿Alguna pregunta?

Las miradas que estaban fijas en él eran todo, menos amistosas. Sonrió como un conejo y prosiguió:

—Resuelto ese preámbulo sin objeciones, sigamos adelante... El señor John Lorraine redactó este testamento en forma perfectamente legal, ante testigos, y el dicho testamento ha sido debidamente registrado, legalizado y autentificado como previene la ley.

Helga Kall farfulló:

—Todo eso está de más, abogado. Estamos seguros de que, asesorado por usted, mi sobrino hizo un testamento con todas las formalidades habidas y por haber. Por favor, vaya al grano y no perdamos más tiempo.

El abogado hizo una expresiva mueca.

—Muy bien, prescindamos de los preliminares si así lo quieren. Dejando aparte las afirmaciones respecto a la libre voluntad del testador y los párrafos de costumbre, los legados empiezan por la servidumbre... Por el señor James Smith, fiel mayordomo de la familia Lorraine durante treinta años, un legado de veinte mil libras, más el derecho a continuar en su actual empleo hasta el fin de sus días, o hasta que él decida rescindirlo. Para todos los demás sirvientes que se reseñan al final de este documento, diez mil libras y el mismo derecho que el mayordomo señor Smith, en cuanto a sus empleos.

Hubo un sordo murmullo despectivo por parte de la mayoría de asistentes. Quien más quien menos, estaba pasando lista mental de todos los sirvientes de la residencia para calcular cuánto dinero se les esfumaba de las manos...

—Ahora —prosiguió el hombre de leyes—, voy a leer textualmente las disposiciones, aunque sólo sea para evitar malas interpretaciones... Empiezan así, en esa segunda parte: «A mi tío, Simón Sharp, lego la granja conocida por Lake Succes, con sus tierras, construcciones, vehículos y aperos, con la única condición de que deberá respetar las condiciones de trabajo de los colonos actualmente empleados en ella. A tía Helga Kall, un legado de cincuenta mil libras y un diez por ciento de las rentas de los edificios de apartamentos de Kingsdale Road, en Londres. Esa misma suma de cincuenta mil libras y el diez por ciento de dichas rentas, igualmente para mi prima Brenda Sharp, mi otra prima Edith Kall, para el primo Collin Royce, para Anthony Parkins y Jossua Batten...»

Una extraña inquietud comenzaba a hacer presa en todos los que escuchaban, excepto en Anne, que los miraba desapasionada y fríamente. Todos eran conscientes de que entre todos aquellos legados apenas si rozaban una ínfima parte de los bienes y la inmensa fortuna del difunto. También advertían que, hasta ese momento, no se había mencionado a Tommy y esperaban con el alma en vilo. Y el propio Tommy casi contenía el aliento en sus pulmones.

El abogado se ajustó los lentes cachazudamente. Carraspeó, volvió la página del testamento y prosiguió con la misma voz tranquila y desapasionada:

—«En cuanto a mi primo Tommy Kall, deportista y holgazán empedernido, a quien aprecio, le dejo en propiedad exclusiva las fábricas de plástico de Brighton Country, en el bien entendido que no le está permitido enajenarlas, pignorarlas, ni ninguna acción que tienda a su desmembración o venta. Deberá regirlas y continuar su marcha porque tengo la esperanza de que con ello se decida a trabajar de firme para mantener este legado en su poder. Queda aquí debidamente especificado que, en caso de mala administración o intento de desmantelamiento o descuido, o reducción de los puestos de trabajo, las industrias mencionadas pasarán a poder de un consorcio administrativo cuyos componentes se mencionan al final de este documento, sin que el susodicho Thomas Kall pueda ejercer ninguna acción en contra.»

Los ojos del abogado miraron al aludido por encima de sus gafas. Tommy estaba igual que petrificado y su cara se había vuelto de un acusado color blanco.

De pronto, cayeron en la cuenta de que ya se había mencionado a todos cuantos tenían derechos sobre los bienes de John Lorraine, y que la inmensa fortuna estaba aún sin aparecer, así como tampoco se sabía nada aún de la futura propiedad de Lorraine House y sus extensas tierras, bosques y jardines.

Con voz crispada. Helga Kall barbotó:

—Bueno, siga, no vaya a decirnos que eso es todo lo que hay escrito en esos papeles, abogado.

Griffiths sonrió.

—Por supuesto que no, señora. Queda el último párrafo, precisamente el que está más arropado de disposiciones y prevenciones legales para evitar impugnaciones de ningún tipo. Por eso mismo prescindiré de todo ese párrafo legal y disposiciones adicionales, para entrar de forma directa en su esencia, que es la siguiente; «Toda la fortuna restante después de los anteriores legados, tanto en capital efectivo, cuentas bancarias, depósitos de acciones y obligaciones, participaciones mayoritarias en las abajo indicadas industrias inmobiliarias y de la construcción, la propiedad de los edificios también reseñados al final; la propiedad de las explotaciones agrarias igualmente especificadas al término de este documento; y sobre todo ello la propiedad única y exclusiva sobre Lorraine House, sus tierras, bosques, cotos de caza, parques, jardines, construcciones anexas, obras de arte, muebles y enseres, vehículos y todo lo perteneciente a la casa, pasa todo ello a propiedad única e indiscutible de mi amada Anne Blake, si mi fallecimiento ocurriera antes de mi casamiento con ella. Y a instancias de mis asesores legales, hago constar aquí de manera expresa que cualquiera de mis parientes antes mencionados, que discutiera ese legado, o lo impugnase, perdería automáticamente su derecho a heredar lo que hubiere sido testado a su favor. Todo lo cual firmo y rubrico...»

Griffiths calló, y se entretuvo mirando las caras lívidas que le rodeaban. Quizá la más blanca de todas fuera la de Anne Blake, a quien el impacto de lo escuchado parecía haber paralizado.

Todos los demás guardaron un silencio de tumba. Alguien rechinó los dientes y el seco crujido resonó como un disparo.

El abogado añadió con voz tranquila:

—Siguen las listas que se mencionaron antes, pero no creo que tengan un interés especial por escucharlas en estos momentos, digo yo...

Nadie replicó, tampoco. Sólo al cabo de un tiempo que pareció eterno, la voz chirriante de Helga Kall farfulló:

—Supongo que uno de esos asesores legales que mencionó también, fue usted, ¿no es cierto, picapleitos?

—Por supuesto, señora. Por lo demás, ordené confeccionar copias legalizadas del testamento para todos ustedes. Se las facilitaré al terminar este

acto.

De pronto, Tommy se echó a reír de un modo histérico.

—¡El querido hijo de perra! —Barbotó, entre carcajadas—. ¡Hacerme trabajar como un esclavo... el resto de mis días...!

Nadie replicó. Cuando su hilaridad se calmó aún dijo:

—Y la mosquita muerta que no quería oír la lectura de ese engendro literario-legal...

Anne se levantó, pálida, tensa como un cable.

—No quiero nada de todo eso, señor abogado —balbuceó—. Renuncio desde ahora y...

—No puede, es así de sencillo —dijo Griffiths—. El señor Lorraine lo dispuso todo muy bien para que no pudiera renunciar a su legado. Además, estoy seguro de que cuando haya reflexionado sobre las consecuencias que traería una decisión como ésa, cambiará de idea, querida señorita Blake.

—Pero, pero...

—Si le asusta la magnitud de cuanto pasa a su propiedad, déjeme decirle que no debe preocuparse en absoluto. Todo ello será administrado por los mismos cuadros que rigen en la actualidad, más un consejo de supervisión del que yo mismo formo parte.

—Pero yo no tengo ningún derecho...

—¡Esa es una gran verdad! —estalló Helga Kall, salvajemente.

Brenda rechinó con sarcasmo:

—Y, a lo mejor, ni siquiera te habías acostado con él seguramente.

Tommy volvió a reír.

—Querida —cloqueó—, ése es un comentario que no se me hubiera ocurrido ni a mí.

Anne sintió que las lágrimas se desbordaban de sus ojos. Trató de erguirse, de desafiar la implacable hostilidad que se cernía a su alrededor. No pudo y rompiendo en llanto abandonó la estancia precipitadamente.

James se fue tras ella y cerró las puertas al salir.

El abogado comentó, mientras seleccionaba documentos sobre la mesa:

—Se me ocurre que su actitud respecto a esa hermosa joven es un lamentable error, teniendo en cuenta que ahora ella es la legítima propietaria de este palacio y de todo lo demás.

—Habrá que comprobar eso —dijo Collin Royce—. Hay otros abogados en Londres además de usted, ¿verdad, amigo?

—Está en su derecho, por supuesto. Pero si yo estuviera en su lugar lo pensaría un poco..., a menos de renunciar por anticipado a cincuenta mil libras y una renta muy sustanciosa.

Tommy dijo, con sarcasmo:

—En lugar de eso, querido, ¿por qué tío te casas con la mosquita muerta? ¡Cuernos! ¿Qué diablos estoy diciendo? Eso es lo que debería hacer yo ahora que se me ocurre.

Brenda le fulminó con la mirada.

Estaban enzarzados en una viva discusión, cuando el abogado les entregó las copias del testamento, cerró su cartera y se largó como si le persiguieran.

Tras él dejó una Babel de airadas voces.

* * *

Los policías locales habían tardado tres horas en convencerse de que era imposible saber lo ocurrido en el panteón. Buscaron huellas dactilares, cerraron los ataúdes antiguos evitando mirar su macabro contenido, y dejaron descubierto el que perteneciera a John Lorraine.

La hostilidad de los componentes de la familia pareció centrarse en ellos y su fracaso mientras estuvieron en la casa, haciendo preguntas, tomando té y sin sacar nada en claro.

Al final se marcharon, despedidos por el despectivo silencio de aquellos seres frustrados, y los ladridos de «León», que parecía tan feliz como en los mejores días compartidos con su amó.

Cuando el coche de la policía hubo desaparecido, todos se dirigieron a la biblioteca. Sólo quedaron en el porche, sostenido por columnas, Brenda y Tommy.

La muchacha gruñó:

—Dame un cigarrillo. Creo que podría matar a alguien.

—Tómalo con calma.

—¿Es que no te das cuenta del alcance de lo que nos han arrebatado? ¡Significa millones y millones de libras!

El cabeceó, asintiendo. Encendió dos cigarrillos y le pasó uno a Brenda, que aspiró el humo furiosamente, hasta el fondo de los pulmones.

—Me doy cuenta —asintió—. Sin embargo, he de reconocer que, desde el principio, tuve el presentimiento de que nuestro querido hijo de perra nos había preparado una jugarreta de ese calibre, más o menos.

—No tenía derecho...

—¿Cómo que no? Seamos ecuánimes, cariño. Nunca hicimos nada útil para ganarnos su afecto. Nunca disimulamos nuestra envidia. Y cuando no, le adulamos descaradamente, porque, hasta cierto punto, vivíamos a su costa. Somos una familia de elegantes, educados, retinados parásitos buenos para nada.

Ella le observó con sus furiosos ojos entrecerrados.

—Ese mea culpa, querido —rechinó—, tal vez se deba i a que empiezas a tener ideas sobre tu mosquita muerta.

El se echó a reír.

—¡Ahí le duele! —cacareó—. No creo que tuviera ni una oportunidad en ese terreno. Fui lo bastante idiota para ganarme su ira.

—Lo que quiere decir que en caso contrario...

—¿Por qué no? Casarse con una montaña de millones no quiere decir que uno esté obligado a ser fiel a la fortuna. Podría seguir acostándome contigo,

llegado el ¡ caso.

Brenda volteó la mano y le abofeteó. El golpe resonó como un trallazo en el silencio del jardín. Después, la muchacha giró sobre los pies y desapareció de la casa.

Tommy se acarició la mejilla sin alterarse demasiado. Fumó el resto del cigarrillo, solo, en la balaustrada. Las sombras del crepúsculo daban un tinte melancólico al parque que rodeaba la residencia. En ese silencio, el declinante canto de los pájaros y el susurro del viento en el ramaje resaltaron los rumores que llegaban de la parte posterior del edificio, allí donde estaban los establos. Los mozos debían dar los últimos toques a los hermosos caballos de silla que, ahora, pasaban a ser propiedad de la mosquita muerta.

Sacudió la cabeza. Le parecía todo tan increíble, que costaba admitir que era real. Que aquel hermoso paraíso pasaba a manos de una extraña incluyéndolo todo...

No oyó los pasos de Anne, que llegaba procedente de la esquina del edificio. Ella se detuvo a corta distancia y murmuró:

—Me gustaría saber en qué piensas, Tommy.

El dio un respingo, volviéndose.

Sonrió, a pesar de su sombrío estado de ánimo.

—Si te silbaban los oídos no necesitas preguntarlo.

—¿Tanto significaba para ti esta fortuna?

—¡Vaya pregunta! Para mí y para todos los demás. Aunque pensándolo bien, a mí me deja unos bienes muy por encima de los que lega al resto, así que el holgazán de la familia habrá de trabajar, de ahora en adelante.

—Tommy, Johnny te quería.

—¿Te lo dijo alguna vez?

—Sí, aunque yo lo había advertido mucho antes. Le divertía tu modo de ser y siempre abrigó la esperanza de que, con el tiempo, podría confiar en ti para asociarte a sus empresas.

—Ya veo... Creo que nunca comprendí muy bien a Johnny. Aunque ahora es un poco tarde para enmendar ese error, ¿no te parece?

Ella se encogió de hombros.

—No tienes nada que enmendar. Créeme que te deseo toda la suerte y prosperidad del mundo para que salgas adelante con esas fábricas.

—¡Oh, seguro que saldré adelante! Siempre consigo lo que me propongo..., si es que alguna vez me propongo algo, cosa más que dudosa —terminó, riéndose de aquella manera entre cínica e infantil.

Anne subió los peldaños, le sonrió y, pasando por su lado, entró en la casa.

Tommy se rascó el cogote, perplejo. Por primera vez pensó en esa muchacha sin sarcasmo, y eso no dejó de sorprenderle.

Cuando su tío Simón salió sacando humo de su pipa, sus ideas iban por otros derroteros.

—¿Qué opinas de todo esto, Tommy?

—¡Hola, tío! ¿Qué quiere usted? Nos ganamos a pulso el rapapolvo del

querido Johnny. Sin embargo, a usted siempre le gustó la vida de granjero...

—No me quejo. Si fuera más joven..., pero a mi edad eso es ideal.

—De acuerdo. Y ahora quizá seamos capaces de enfrentarnos con lo que nos preocupa sin que nos atrevamos a discutirlo cara a cara. ¿Qué pasa con el cadáver de Johnny?

—No lo sé... ¡Maldita sea! Y los otros féretros profanados... ¿No crees que pudo ser obra de un loco?

—¡Cuernos! ¿Que podía buscar un loco en una cripta? Además, debería tratarse de una locura muy rara para que se llevara un cadáver.

—Entonces, ¿qué? Un cuerpo humano no se esfuma en el aire, Tommy.

Este se encogió de hombros.

—Estoy pensando en lo que mi madre creyó ver entre la tormenta...

—Fue una alucinación, hombre. No creerás que el propio Johnny se paseara bajo la lluvia después de ser enterrado.

—Lo cierto es que desapareció. Y estuve hablando con Brenda, también. Estaba segura de haber visto una alucinante carátula al otro lado de los cristales.

—Y tú mismo, ¿qué? Viste un aparecido en el mismísimo vestíbulo. Un tipo con espada y daga... ¡Vamos, Tommy! Reconoce que en todo esto influyó el nerviosismo, la tormenta y la visita al mausoleo.

—Pudiera ser.

—¿No estás seguro?

—No, tío. Brenda no miente. Vio algo horrendo. Mc ha descrito aquella cara y... ¡Cuernos! Le pone a uno carne de gallina sólo con pensarlo.

—Tommy, los muertos no salen de sus tumbas, de eso puedes estar seguro. Si un cadáver desaparece, es que alguien le saca de su ataúd, ni más ni menos.

—En cualquier caso, fueron demasiadas alucinaciones casi simultáneas.

El tío Simón sacudió de nuevo la cabeza, masticó la pipa y propuso:

—¿Me acompañas a las cuadras? Deben estar cerrándolas a esta hora.

—No, prefiero entrar. Temo que mi madre necesite a alguien en quien descargar su cólera, y yo soy un estupendo pararrayos en estas ocasiones.

Volvió a quedar solo. Realmente, su madre era todo un caso, se dijo, encendiendo un nuevo cigarrillo. Y su hermana Edith, no digamos. A veces se asustaba de la rapacidad implacable de las dos mujeres.

Suspiró con forzada resignación. Se disponía a entrar en la casa cuando oyó, a lo lejos, los ladridos del gran perro lobo. Parecía contento a juzgar por sus vivos y ruidosos ladridos, como si jugara con alguien..., como si jugara aún con su dueño muerto.

Tommy dio un respingo al captar este pensamiento. Había visto y oído jugar al perro y a Johnny en muchas ocasiones. Y en tales casos los ladridos de «León» sonaban exactamente igual que ahora...

Si hubiera estado más cerca, incluso habría ido a ver qué diablos hacía aquel peligroso animal. Pero los ladridos sonaban lejanos, más allá de la barrera de árboles centenarios del parque.

Mandó el perro al diablo mentalmente y entró en la casa cerrando la puerta a las crecientes sombras del anochecer.

No se le ocurrió pensar que de las tinieblas es de donde surgen los horrores de lo desconocido, los seres de las pesadillas, los que atraviesan la barrera de la muerte...

CAPITULO III

Tendido en la cama, Tommy vio deslizarse a Brenda por la puerta y cerrar ésta con sumo cuidado. La muchacha se quedó allí, mirándole con la fiebre del deseo asomando a sus ojos.

El sonrió.

—A veces me asustas, querida primita —susurró—. No puedes guardar el luto ni veinticuatro horas seguidas...

—¿Luto por quién? ¡Maldito sea, deberíamos organizarle misas negras sólo por lo que nos hizo!

Avanzó hacia la cama. El dio una chupada al cigarrillo antes de abandonarlo en un cenicero.

—Lo malo —dijo—, es que a mí me pasa algo parecido, cuando llega la noche. No creo que pudiera resistir quedarme sin tus locos arrebatos.

—Lo dices como si lamentaras necesitarme.

—Quizá lo lamente. O quizá sólo me asuste.

Ella agarró la sábana y de un tirón la arrojó a un lado.

—Eres un farsante —rió, con voz queda—. Estás deseándolo más que yo..., basta con verte...

A zarpazos se arrancó la bata, que fue a aterrizar sobre la sábana. Subió al lecho y se quedó un instante de rodillas, mirándole enfebrecida. Después, ambos se besaron con frenética urgencia. El la obligó a rodar a un lado y ella le estrechó contra su cuerpo. El hubo de cerrarle la boca con sus labios para ahogar sus gritos, que habrían escandalizado toda la silenciosa mansión.

Mantuvo la dulce mordaza hasta que ella se relajó entre Sus manos. Entonces irguió la cabeza y la miró al fondo de los ojos.

Sonrió.

—Tú y yo estamos hechos del mismo barro —murmuró, acariciándola todavía—. Johnny nos conocía bien a todos.

—Ignoro de qué barro estamos hechos, pero sé que no podría vivir sin ti, sin tus caricias, sin sentirte mío, sin tenerte tan unido a mí como ahora... ¡No me dejes aún, Tommy!

El sacudió la cabeza.

—El día que mi madre nos descubra, puedes apostar que pedirá nuestras cabezas a gritos. Pienso que los dos estamos un poco locos, cariño mío.

—Sobre todo en estos momentos, cuando te siento tan mío..., estuve esperando que se retirasen todos casi mordiéndome los puños de impaciencia. Y la maldita mosquita muerta no tema ninguna prisa. Se quedó en la biblioteca hablando con el mayordomo..., como a un igual, poco más o menos... y yo esperando, esperando..., para venir aquí, contigo...

—Quizá le consultaba la mejor manera de echarnos a puntapiés de su casa —rió Tommy.

—No le daré ese gusto... Ámame, Tommy.

De nuevo volvieron a hundirse en el pozo de la pasión que los avasallaba, ajenos al mundo que les rodeaba. No oyeron el rumor, más allá de la puerta, donde la sombra se detuvo escuchando.

Pudo captar una leve exclamación en el dormitorio y pegó la oreja a la madera, pero ya no se oyó nada más. Luego, la sombra se deslizó^ por el pasillo, con cautela, como si flotara en el aire, imprecisa en la oscuridad.

Volvió a detenerse junto a la puerta de la habitación donde Anne pugnaba por conciliar el sueño. La muchacha había renunciado a leer, incapaz de pensar en otra cosa que en Johnny, y la riqueza que de pronto le había caído en las manos. Había fumado varios cigarrillos antes de decidirse a apagar la luz y tratar de dormir.

Todo era silencio en la gran casa. Ese silencio de los viejos edificios hecho de crujidos; chasquidos de las maderas al ser contraídas por el cambio de temperatura nocturna; o el golpe de un postigo mal cerrado, o el batir de las ramas de los árboles, agitadas por el viento.

Estaba empezando a flotar en la somnolencia cuando le pareció que lo que realmente había crujido era la puerta de la alcoba. Parpadeó, soñolienta. Todo era quietud y negrura.

Entonces lo oyó otra vez. El levísimo chirrido del tirador de la puerta al ser movido con infinita lentitud, con extremada cautela.

Se incorporó sobre el lecho, el corazón latiéndole fuera de compás, conteniendo el aliento, ajena a sus senos vibrantes y libres al habérsele corrido el camisón de seda.

Había alguien intentando entrar en silencio; estaba segura. Sintió tentaciones de empezar a gritar.

Esperó, deslizando la mano hacia la llave de la luz.

En aquel instante, más allá de la puerta, sonó el más espeluznante alarido que hubiera oído jamás. Fue un aullido bestial, como si no fuera de alguien de este mundo. Tras esto, unos pies se alejaron, azotando el parquet ruidosamente, mientras sonaba un chasquido metálico junto a la puerta.

Anne encendió la luz, espantada, y corrió al pasillo.

Se abrían puertas por todas partes, y sonaban voces asustadas e intrigadas.

Anne miró arriba y abajo, en medio de la oscuridad. Alguien había apagado, incluso, la lámpara del rellano que solía quedar encendida toda la noche.

Alguien vociferó:

—¿Qué pasa; quién ha gritado?

Desde donde estaba, Anne vio abrirse la puerta del dormitorio de Tommy, y, a éste, asomar la cabeza con cautela. El dio un respingo al descubrirla recortada contra la luz de la habitación, todo su adorable cuerpo dibujándose bajo el camisón.

Anne fue a retroceder precipitadamente. Entonces sus pies tropezaron con algo que se deslizó por el suelo hasta golpear la pared.

Se quedó mirando aquello, con ojos desorbitados. Olvidó que estaba

prácticamente desnuda ante los ojos de Tommy, que sus agudos pechos se habían liberado de la tenue cárcel de seda, para quedarse mirando el afilado cuchillo que alguien había perdido al huir.

Era un puñal antiguo, de larga y afilada hoja y empuñadura de hueso. Una de las armas que adornaba la gran panoplia que había al pie de la escalinata, en una columna...

Tommy dijo:

—¿Fuiste tú quien gritó?

Ella se arrebujó en el camisón.

—No..., fue alguien delante de mi puerta..., alguien perdió eso.

Retrocedió, y entró en su cuarto cerrando la puerta.

Tommy dio un vistazo por encima de su hombro, hacia la cama donde Brenda contenía el aliento cubierta por la sábana. El cerró la puerta ante la llegada de casi todos los demás.

—¿Alguien sabe quién gritó? —les increpó.

Nadie lo sabía y él se dirigió a la puerta de Anne. Se quedó helado, al descubrir el cuchillo en el suelo.

Anne apareció envuelta en una bata.

—Mejor será que nadie lo toque —sugirió Tommy—. Quizá conserve huellas..., porque ese puñal no ha llegado aquí volando.

—Alguien intentó abrir mi puerta —explicó Anne, recobrando la serenidad —. De pronto gritó... Exhaló ese grito espantoso, y echó a correr. Oí sus pasos, y el golpe del cuchillo contra el suelo. Cuando me asomé, ya no vi nada ni a nadie. ¿Pudiste ver tú algo, Tommy?

—Nada, pero oí los pasos de quien fuera que echó a correr. ¿Crees que...?

Ella paseó su serena mirada por todos los presentes.

—Sí —dijo—. Creo que alguien vino aquí, con la intención de matarme. Solo que algo le asustó.

Hubo un sordo murmullo de protestas, pero ninguno levantó la voz.

Jossua Batten y la hermana de Tommy llegaron, en aquel momento y hubo que explicarles lo ocurrido.

Fue en ese instante que Helga Kall barbotó:

—Y Brenda... ¿Alguien sabe dónde está Brenda?

Tommy casi dio un brinco. La ausencia de la muchacha comenzó a llenarles de inquietud. Como si se hubieran puesto de acuerdo todos a la vez, echaron a correr hacia el dormitorio de la joven y, en un instante, sólo quedaron Tommy y Anne. El la miró apurado, casi suplicante.

Anne susurró:

—¿Está...?

El asintió.

—Lo siento, Anne..., hace tiempo que Brenda y yo... que nos vemos y...

—Lo sé. Dile que salga, aprisa.

—¿Qué?

Anne se asomó a la puerta del dormitorio.

—¡Apresúrate, Brenda, entra en mi cuarto!

Brenda brincó fuera de la cama. Atrapó su bata y, sin ponérsela, salió como una ráfaga de luz, desnuda y temblorosa.

Anne la siguió y señaló una puerta.

—Es un cuarto de baño..., entra ahí y trata de encontrar una excusa por haber utilizado éste. Quizá el tuyo se atascó o algo así.

Brenda la miró un instante antes de desaparecer en el cuarto de baño. Luego cerró la puerta.

Tommy balbuceó:

—¿Por qué lo hiciste, Anne? No puedes apreciarnos a ninguno de los dos.

—Tampoco siento ningún desprecio por nadie. Ese baño tiene una puerta que da al pasillo, junto al recado. Ella encontrará una explicación para disipar suspicacias.

—¿Sabías que Brenda y yo...?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Hace mucho tiempo. Johnny solía comentar que, el día que tu madre lo descubriese, te azotaría hasta arrancarte la piel a tiras.

—Así que él también...

—Lo descubrimos accidentalmente, en Londres.

—Imagino que hemos sido un par de tontos. En muchos aspectos.

—Vete con ellos, ahora.

Tommy hubiera querido expresar lo que sentía, en aquellos instantes. No pudo y, dando media vuelta, se alejó.

Poco a poco, Anne cerró la puerta de su dormitorio y dio vuelta a la llave esta vez. Procedió a cerrar, con llave, la del baño donde había ocultado a Brenda y luego volvió a la cama, dominando su miedo.

Alguien había intentado matarla, eso estaba claro. Alguien que estaba en la casa, que había decidido recuperar la fortuna que ahora le pertenecía.

Imaginar a ese alguien con un rostro preciso, y nombre y apellidos, era imposible. Se estremeció. ¡Ojalá Johnny no hubiera muerto! Si él estuviera a su lado, si él pudiera...

Pero eso eran tonterías. Debía resolver sus problemas por sí misma, ahora.

Trató de imaginar qué asustó al frustrado asesino; que le obligó a gritar de aquel modo horrible, delatándose y huyendo alocado sin importarle el ruido que levantó.

¿Qué podía incitar a un ser humano de aullar de aquella manera salvaje y alucinante?

Y si alguien quería matarla a ella para hundir la mano en los millones de la herencia, ¿no habría quizá...?

Quedó helada ante la atroz idea. Si había alguien dispuesto a matarla, ¿no habría matado ya una vez?

¿No habría asesinado a Johnny, primero, creyendo que con eso toda la herencia caería en sus manos?

CAPITULO IV

El sargento Shaplen se quitó La pipa de los dientes y anunció:

—No hay ninguna huella en el cuchillo. Quienquiera que lo perdió, llevaba guantes.

Estaban de nuevo en la confortable biblioteca y la luz del día entraba por el ventanal abierto, más allá del cual se extendía una pradera de césped brillante como una esmeralda.

Anne murmuró:

—Era de esperar.

—Lo que resulta insólito es ese grito, y la consiguiente huida del asaltante. ¿Qué pudo asustarlo hasta ese extremo?

La pregunta del policía se quedó sin respuesta. Todo fue silencio.

James controlaba, con ojo crítico, a la sirvienta que servía café para todos los reunidos. Cuando la camarera hubo salido, él anunció con voz neutra:

—El perro ha desaparecido, señorita Blake. Lo digo porque quizá tenga alguna relación con lo sucedido... en todo caso, «León» jamás abandonaba la casa o el jardín por la noche.

Le miraron desconcertados.

El sargento gruñó:

—¿Y nadie lo ha visto hoy?

—Ni esta mañana ni anoche, sargento.

—¡Yo le oí ladrar poco antes de anochecer! —Exclamó Tommy—. Me pareció que correteaba más allá de los robles.

Anne le miró intrigada.

—¿Estás seguro?

—Bueno, de que era «León» no me caben dudas. Pero no le vi en ningún momento. Me pareció... éste... como si jugara con alguien, en el parque.

De pronto, Anne recordó la otra noche, cuando el perro llegó empapado y cuando ya todos se habían retirado a descansar. Y cayó en la cuenta de que en ningún momento el fiel perrazo había dado muestras de dolor o nostalgia por la desaparición de su amo.

El sargento se desentendió del tema, agobiado por problemas más graves. Se limitó a decir:

—Preguntare al coronel si lo ha visto cuando pase por su casa, a mi regreso. Ahora volvamos al asaltante de anoche. Por favor, señorita Blake...

—¿Sí, sargento?

—¿Cree usted que pudo ser algún intruso que lograra introducirse en la casa?

Anne sonrió con amargura.

—¿Se refiere a un ladrón, sargento?

—Evidentemente, no intentó robar nada en todo caso. Pero pudo venir del exterior con el propósito de cometer ese crimen.

—¿Y por dónde entró, y cómo sabía de antemano cuál era mi dormitorio? Me parece una conducta muy estúpida, de tratarse de un forastero.

—Entonces, hemos de admitir que se trató de alguien que ya estaba dentro... alguien que si estaba en la casa, anoche, está aquí, también, ahora.

Anne no replicó. El coro de airadas protestas no pudo apabullar al policía, que se limitó a decir, cuando se calmaron un tanto:

—Ofrézcanme una sugerencia mejor y les pediré disculpas. Pero mientras nadie pueda hacerlo, hemos de admitir que mi teoría es la única posible, de momento. No hay señales de violencia en ninguna puerta ni ventana, eso lo han comprobado mis agentes. Y tenemos, además, que el desconocido utilizó un puñal que estaba al alcance de cualquiera, de cuya existencia todos estaban enterados. Y, tal como ha insinuado la señorita Blake, ese misterioso individuo conocía, sin ninguna duda, cuál era la habitación donde estaba su víctima indefensa.

Helga Kall, la madre de Tommy, barbotó:

—No deberíamos consentir esta nueva afrenta. Ya sólo nos falta que esa... Que nos acuse de asesinos. Por mi parte, voy a marcharme de aquí y juro no pisar jamás esta casa en lo que me quede de vida.

Nadie más dijo una palabra.

Quizá para alejar la atención de todos hacia otro horizonte que no fuera su madre, Tommy dijo:

—Y de la desaparición del cadáver de nuestro primo, sargento, ¿qué tiene que decirnos? Supongo que ha continuado ocupándose de este asunto...

—Ciertamente. Mis hombres buscaron alguna huella por todos los contornos. No encontraron nada. Y hemos comprobado que nadie vio nada sospechoso. Ni forasteros, ni vagabundos, ni furgonetas capaces de trasladar un cuerpo humano. He de confesar que estoy tan desconcertado como no recuerdo haberlo estado nunca.

—No es necesario que lo jure —rechinó Helga Kall.

—Mamá, por favor —murmuró Tommy, incómodo.

Ella soltó un bufido despectivo y dirigiéndose a la puerta anunció, con desdén:

—Podéis continuar rindiéndole pleitesía a la nueva reina. Yo voy a preparar mi maleta.

Y desapareció.

Tommy buscó la mirada de Anne, ansiando comprender que lamentaba profundamente la actitud absurda de su madre, pero Anne parecía ensimismada y no lo advirtió.

Apenas si captó las palabras del sargento.

—Pienso si, en lo referente a la desaparición del cadáver, habrá intervenido el odio de alguien a quien el señor Lorraine hubiera ofendido alguna vez. Sí, ya sé que era un caballero sumamente correcto y honesto, pero en los grandes negocios..., ya se sabe. ¿Podría ser que existiera algún encarnizado enemigo de los Lorraine?

—Vamos, sargento, no nos devuelva usted a la Edad Media, con sus rivalidades de apellidos e intereses —refunfuñó Simón Sharp—. Si alguien hubiera querido vengarse de Johnny lo habría hecho estando vivo, no cuando ya estuvo enterrado.

—Precisamente...

—¿Cómo?

—Quizá se vengó estando aún vivo el señor Lorraine.

—Sargento, me parece que no comprendo su retorcida lógica...

—En otras palabras, pienso si alguien no asesinó al señor Lorraine, haciendo desaparecer, después, su cadáver, para que nunca pudiera descubrirse su crimen...

Anne casi saltó fuera de la butaca. Esa atroz idea le había asaltado la noche anterior.

Collin Royce barbotó:

—Que yo sepa, primo John no tenía ninguna herida cuando murió. Y el doctor certificó su muerte debida a un fallo cardíaco.

—Existen venenos que producen los mismos síntomas que un síncope cardíaco.

—¿Quiere decir que le envenenaron? —tronó Simón.

—Es una posibilidad, dada la premura con que hicieron desaparecer el cadáver. Sin él en nuestro poder nadie podrá probar jamás si hubo veneno o no, en sus entrañas.

—¡Esa es la insinuación más delirante que he oído en mi vida! —Saltó la hermana de Tommy—. Mamá tiene razón, estamos soportando demasiadas vejaciones sin una maldita protesta.

Tommy dijo, fastidiado:

—No te desboques, Edith, querida. Recuerda que el atentado de anoche fue un hecho real sin ninguna duda. De modo que hay un asesino en alguna parte, aunque sea un asesino en grado de frustración.

—¡Pero lo de Johnny...!

—Hablaré con el doctor Merrhiter —decidió el sargento.

Inició una despedida, y cuando ya estaba en la puerta se volvió.

—Le preguntaré al coronel Hamilton por si vio a ese perro lobo de ustedes...

Nadie le agradeció su interés. Se encogió de hombros y salió.

El coronel Hamilton era un individuo solitario, retraído, que habitaba la granja más cercana a los bosques de Lorraine House. Las pocas personas que tenían alguna relación con él coincidían en su creciente chifladura por las antiguas supersticiones hindúes. En su ya lejana juventud había servido como auxiliar de farmacia en el ejército colonial destacado en la India.

Después tomó parte en las dos guerras mundiales, y al finalizar la última se retiró con el grado de coronel, estableciéndose en aquella granja donde llevaba una vida casi ascética.

No pareció siquiera alegrarse de la visita del sargento, a pesar de que éste

lucía su mejor sonrisa.

—¿Cómo está usted, coronel?

—Bien, gracias.

El sargento miró en torno suyo. El coronel cuidaba con esmero de su propiedad. No había nada fuera de su sitio.

—Verá usted, coronel... vengo de Lorraine House y están preocupados porque desde anoche no han visto a su perro. Pensé que quizá usted lo haya visto merodeando por aquí, o por la linde del bosque. Parece ser que anoche andaba por allí...

Calló ante la despectiva indiferencia del veterano de dos guerras mundiales.

Este sólo gruñó:

—No sé nada de ningún perro. Esa gente harían bien ocupándose de asuntos más importantes. Desaparecido el propietario, van a convertir la comarca en un manicomio. Sé cómo viven en Londres. No me gustan.

—Tal vez tenga usted razón. Bien, señor, si no ha visto usted al perro de Lorraine, yo...

No supo que añadir, de modo que gruñó una despedida y ya regresaba a su coche cuando el animal apareció trotando, procedente de una esquina del edificio de la granja.

El sargento se quedó parado, mirando al gran perro lobo como si viera al diablo.

—¡Eh! —balbuceó—. ¡Ese es el perro que andan buscando!

El coronel ladeó la cabeza con indiferencia.

—Bueno; lléveselo entonces.

El sargento lo pensó dos veces. «León» se había detenido a corta distancia y le miraba como preguntándose dónde hincarle el diente.

Sin mucha convicción, el sargento tanteó:

—Ven aquí, amigo... nadie quiere hacerte daño...

«León» ladró, y su voz bronca retumbó como un trueno.

Después, giró sobre sus patas y se fue tranquilamente por donde había venido.

Shaplen arrugó el ceño.

—Oiga, coronel, ese animal parece que se encuentra bien aquí...

—¡Maldito si sé por dónde ha venido! No me gustan los perros, así que lléveselo si puede.

El sargento se preguntó qué le gustaría al viejo cascarrabias.

En cuanto a llevarse al perro renunció de antemano.

—Les llamaré por teléfono diciéndoles que está por estos alrededores. No parece peligroso a mi modo de ver. Bien, señor, celebro que se encuentre usted bien.

Le respondió un gruñido. Puso en marcha el coche y salió zumbando.

El coronel lo siguió con su ceñuda mirada hasta verle desaparecer en la distancia.

Entonces se levantó cachazudamente, alto, casi esquelético, y caminó hacia la parte posterior de la casa.

El perro estaba entretenido olisqueando el rastro de un gato. El coronel Hamilton le contempló fastidiado.

—Amigo, sigues siendo un estorbo y me gustaría saber cómo mandarte de vuelta a tu casa...

Le dejó allí y entró en el edificio. Reinaba una temperatura cálida allí dentro. Cerró la puerta y dio un vistazo a un termómetro colgado de la parecí.

Escuchó tras una puerta. Luego, despacio, la abrió en silencio.

Sobre una cama yacía el cuerpo de un hombre. Tenía los ojos cerrados y estaba inmóvil.

Tan inmóvil como un cadáver.

Era John Lorraine.

El coronel volvió a cerrar la puerta. Fuera, el perro se había tendido junto al umbral y apenas si ladeó la mirada cuando el anciano salió.

El coronel miró al perro de mala manera y regresó al mismo lugar donde recibiera al apabullado sargento Shaplen. Recostándose en el asiento, extrajo una pipa del bolsillo, la llenó de tabaco y se dispuso a disfrutarla mientras esperaba...

CAPITULO V

Habían terminado de comer cuando el teléfono sonó.

James atendió la llamada, colgó y fue en busca de Anne.

—El sargento Shaplen encontró a «León», señorita. Lo vio en el jardín del coronel, pero no se atrevió a traerlo. Dice que el coronel parecía fastidiado con el perro, pero no hizo nada por alejarlo de allí... ¿Cree usted que debemos ir a buscarlo?

Anne se alegró de la noticia.

—Iré yo, James; gracias.

—Si me permite un consejo, señorita, le diré que no se deje impresionar demasiado por el coronel. Es un hombre poco sociable y le gusta que le dejen tranquilo.

—Lo recordaré.

Anne salió de la casa y corrió hacia el garaje.

Desde una ventana de la primera planta, unos ojos rebosantes de odio la siguieron hasta que la perdieron más allá de la esquina.

Edith Kall farfulló entre dientes:

—Ahí va esa perra, Jos.

Jossua Batten apartó la atención del periódico.

—¿Qué decías?

—Anne corría hacia el garaje.

—Bueno.

Ella se volvió, iracunda.

—Hemos de hacerlo esta noche, Jos.

El se estremeció.

—Olvídalo. Ahora las cosas han cambiado. Debemos andar con pies de plomo.

—No me vengas con esa historia. Nada ha cambiado. Ella, viva, sigue siendo la dueña de los millones.

Batten arrojó el periódico a un lado y aproximándose a la puerta la abrió lo justo para espiar el pasillo.

Vio que estaba desierto y cerrándola volvió al lado de la muchacha.

—Por lo visto —farfulló—, no te das cuenta ni de donde tienes la mano derecha. .Te conté lo que pasó anoche, ¿no es cierto?

Ella hizo un gesto de fastidio.

—No lo repitas —dijo con desprecio—. Viste un fantasma y corriste como un conejo. Pero sólo después de chillar y alborotar más que una mujerzuela.

El cerró los puños, furioso.

—No me hables en ese tono, Edith. Te dije lo que vi, y esa cosa estaba allí, acercándose con su cara horrenda y aquel ojo purulento y maligno mirándome como si despidiera fuego o todo el odio del infierno. Si desapareció después, no me lo explico, pero te repito que lo vi tan bien como estoy viéndote a ti.

—Y echaste a correr...

—¡Claro que eché a correr, maldita sea! ¿Qué querías que hiciera, entablar un diálogo con algo que no era de este mundo? Hay algo raro en esta casa desde que murió Johnny. Puedo presentirlo incluso en el aire.

—No me pidas que crea en fantasmas a mi edad.

—Eso es sólo una parte de la situación. Anoche, si hubiera salido bien y ella estuviera muerta, ahora cabría la posibilidad de que el crimen fuera obra de un intruso... lo habíamos dispuesto para que pareciera así. Pero una segunda vez, no. Ahora ni un retrasado mental creería, ni por asomo, que un mismo asaltante entró dos veces, y las dos veces fue a parar a la misma habitación por casualidad. Hay que hacerlo de otro modo.

—Confiesa que tienes miedo y no des tantos rodeos. ¡Miedo de un fantasma! Es para reírse. Si hubiese sabido antes que no eras más que un pobre cobarde, Jos...

El no la dejó terminar. Volteó la mano y la abofeteó repetidamente, rechinando los dientes.

Ella contuvo un grito y se desplomó de espaldas.

—¡Te advertí que no me hablases en ese tono! Y menos para decir eso, ¡maldita seas!

Ella le miraba con los ojos muy abiertos. Se pasó la lengua por los labios. Un hilillo de sangre apareció en las comisuras. Se lamió la sangre mientras se levantaba poco a poco.

—Jos... —jadeó.

—No esperes que me disculpe.

—Me pegaste...

El se encogió de hombros.

De repente, la muchacha se le echó encima abrazándole con extraño frenesí mientras buscaba su boca, jadeando, gimoteando de .modo enfermizo.

En los primeros instantes él no reaccionó, sorprendido. Luego, estrechándola violentamente entre sus brazos, besó aquella boca.

La empujó hasta obligarla a caer de espaldas sobre la cama. El modo cómo le arrancó las ropas no tuvo nada de romántico ni contemplativo.

Ella jadeó:

—¡Así, Jos!

Su turbio delirio culminó en medio de un estallido, que les hundió hasta las más profundas ciénagas de una pasión que tenía las raíces aferradas en una tierra yerta, estéril, porque carecía de amor.

Finalmente, quedaron inmóviles, uno al lado del otro. Mucho más tarde, la muchacha murmuró:

—No sé qué me pasó cuando me pegaste. Quise ser amada de ese modo brutal... quise gozar como nunca...

—Te comprendo.

Volvieron a callar. Después, cuando él acababa de vestirse, Edith le espetó:

—¿Tú crees lo que dijo el sargento?

—¿Qué?

—Lo del veneno... ¿Crees que alguien envenenó a Johnny antes que se casara con esa perra?

—No sé... lo dudo. No entiendo nada de venenos, pero imagino que deben dejar algún rastro.

—Si no puede practicarse la autopsia... Esa sería la explicación de que haya desaparecido el cuerpo.

—Tal vez. De lo que sí estoy seguro es que yo no fui.

—Bueno, yo tampoco.

—Si alguien lo hizo, quizá pruebe suerte de nuevo con ella, ¿eh? Eso nos ahorraría trabajo y riesgos.

—No busques excusas. Hemos de hacerlo nosotros, quizá de otro modo... ¿Por qué no ahogándola?

—¿Qué?

Ella se irguió, desnuda aún, pasándose las manos por los senos en un brusco gesto lascivo.

—¡Naturalmente! —exclamó—. Acaba de ocurrírseme ahora mismo. Lo haremos con una almohada. Los dos esta vez. ¿Comprendes? Te ayudaré y tú le apretarás una almohada en la cara. No quedarán huellas y por la mañana la encontrarán muerta. ¿Cómo podrán sospechar lo ocurrido? Un colapso, o vete a saber a qué lo atribuirá ese curandero viejo y miope. Lo que sí es seguro es que no pensará en una simple almohada.

Él le dio vueltas a la idea. Trató de hallar algunas pegas, poner inconvenientes, pero cuanto más pensaba en ello más factible le parecía.

Rió quedo y susurró:

—Mena, hacer el amor de ese modo degenerado te aguza el ingenio. Acabas de tener una buena idea.

—Tengo muchas más ideas sobre el modo de hacer el amor. Las pondremos en práctica después... cuando ella haya muerto...

El estuvo plenamente de acuerdo.

Fue un modo original de sentenciar a muerte a una mujer.

CAPITULO VI

Anne se apeó del coche ante la mirada desagradable del coronel.

Antes que pudiera dar ninguna explicación, el perro lobo acudió disparado, alborozado, ladrando y saltando en tomo a la muchacha.

Al fin, ella dijo:

—Lamento irrumpir aquí de este modo, señor, pero vine en busca de «León». El sargento Shaplen telefoneó y...

—Está bien, está bien, puede llevárselo con mis bendiciones. Detesto a los perros.

—Siento que le haya causado alguna molestia...

—No importa. Lléveselo.

Anne acarició la cabeza del perro. Cuando se disponía a llevarlo al coche, el animal dio un salto y echó a correr, desapareciendo más allá de la esquina.

Anne exclamó:

—¡Qué extraño! Pensé que estaría impaciente por volver a casa...

El coronel se había levantado. Parecía muy agitado ahora.

—Iré a buscarlo —rechinó—. Ya estoy harto de ese maldito animal.

Temiendo que pudiera golpear a «León», Anne fue iras él hasta la parte posterior de la casa. El perro se había plantado ante una puerta y ladraba, desatorado. El coronel maldijo en voz alta y corrió con sus viejos piernas, sólo que antes de llegar junto al perro tropezó, dio un traspié y se precipitó dando tumbos contra la puerta.

Anne vio, espantada, cómo se estrellaba contra ella. Esta se abrió de golpe y el viejo cayó dentro de la casa.

Con un ágil salto, «León» pasó por encima del hombre y desapareció.

Anne exclamó:

—¿Se ha lastimado, coronel?

El viejo había perdido el conocimiento, aunque respiraba con normalidad.

Oyó ladrar al perro y le vio delante de una puerta cerrada. «León» se alzo de manos, arañando aquella puerta, impaciente.

Intrigada, la muchacha probó el tirador. Giró suavemente y la puerta se abrió.

Dio tal grito que hasta el perro se asustó.

—¡Johnny! —sollozó, entrando apresuradamente.

El perro ya estaba junto a la cama donde yacía su amo.

Anne se inclinó sobre el cuerpo inerte. No parecía que hubiera sufrido mucho con el paso del tiempo desde su muerte. Parecía dormir... parecía...

—¡Johnny! —jadeó sin voz, castañeteándole los dientes.

No sólo parecía dormido. ¡RESPIRABA!

El pecho se alzaba con suave ritmo. Una respiración tranquila, pausada.

—¡Estás vivo! —chilló de pronto—. ¡Johnny, amor mío! ¿Qué...?

—De modo que lo ha descubierto —tronó la voz del coronel a sus espaldas

—. ¡El maldito perro, sabía que me crearía problemas!

Anne se volvió con el corazón golpeándole en la garganta.

—¿Cómo es posible...?

El coronel se acariciaba la cabeza. Inclinándose sobre el durmiente le tomó el pulso. Luego consultó su reloj.

—Ya que está aquí, quédese. Pero la vida de Lorraine estará en sus manos, muchacha.

—No le comprendo. Le vi muerto. El médico certificó su muerte, coronel. Y asistí a su entierro...

—Lo sé. Afortunadamente, estaban todos impacientes por hincar sus garras en la herencia y se dieron mucha prisa en enterrar a Lorraine.

—Temo que voy a volverme loca, señor...

—Se lo explicaré —suspiró el viejo—. Dentro de unos quince minutos podría contárselo él mismo porque despertará.

Ella casi se mordía los puños de impaciencia. Tomó una mano de Johnny y la apretó entre las suyas, llenándose de su calor, dé su latido lleno de vida.

El coronel fue a servirse una buena dosis de whisky, que tomó a pequeños sorbos, como una medicina. Suspiró.

—No vaya a creer en milagros ahora, muchacha —dijo de pronto—. Si fueran algo sobrenatural, habríamos de creer que los hindúes son casi todos unos brujos impresionantes. Yo viví en la India muchos años, y me interesé por los fenómenos inexplicables que se sucedían a mi alrededor. Hombres que caminaban descalzos sobre piedras al rojo, sin lastimarse lo más mínimo. Viejos de edad increíble, sucios hasta la náusea, y que, no obstante, eran capaces de un poder de concentración tal, que movían objetos a distancia sólo con su voluntad, con su fuerza mental... Y otros muchos misterios que no podía explicarme entonces, entre ellos, el hecho de que vi volver a la vida a hombres aparentemente muertos.

—No puedo creerlo...

—Ahí tiene la prueba. El vive.

—Quizá algún extraño colapso... quizá se trata de catalepsia...

El viejo sacudía la cabeza, cachazudo ahora.

—Se trata de veneno —dijo con ironía.

—¿Veneno? Así que le envenenaron... el sargento tenía razón después de todo.

—Una dosis ligera, desde luego, pero suficiente para provocar la parálisis del corazón. Pero yo no sabía que había sido envenenado cuando lo saque del ataúd. Yo sólo quise probar suerte con él, como había visto hacer en la India, aunque valiéndome de algunos medios más científicos, como el masaje cardíaco eléctrico, por ejemplo. Si hubiese transcurrido más tiempo desde la hora de la muerte no hubiera valido la pena intentarlo.

—Pero lo hizo y él vive. ¿Cómo...?

—Créame, es un misterio incluso para mí. Yo vi cómo en la India estrujaban el pecho de un cadáver, un hombre recién fallecido. Ellos

entonaban cantos dedicados a sus dioses, pero eso era pura tramoya. El hecho estaba en que aquel hombre muerto volvió a la vida, su corazón latió por sí mismo y, una hora más tarde, caminaba por su propio pie. Vivió poco, pero vivió después de haber muerto.

—Y usted...

—Estudié mucho este asunto. Durante años y años en realidad. Y cuando estuve resuelto a hacer la prueba, murió Lorraine, y se dieron tanta prisa en meterlo en la cripta que casi estaba aún caliente cuando le dejaron allí. Bueno, lo traje aquí en medio de la lluvia, con muchas dificultades. Ya no soy tan fuerte como era, usted sabe... Creo que incluso alguien me vio desde una ventana, o vio a Lorraine, puesto que yo estaba detrás de él, sosteniéndole.

—Una tía de Johnny le vio. Tuvo un susto de muerte.

—Claro. Bien, le traje como pude y le sometí a las pruebas que había estudiado en tanto tiempo. Y entonces el corazón golpeó en su pecho de un modo irregular, terrible. Una sucia espuma surgió de sus labios, y con ella el inconfundible hedor del veneno. Entonces (quien se asustó fui yo. Necesitó dos lavados de estómago, y entretanto él corazón amenazando con detenerse de nuevo, y esa vez definitivamente.

Anne fue incapaz de hablar. Oyó suspirar a Johnny y se volvió hacia él anhelante, sintiendo aún cierto temblor en las piernas porque si se detenía a pensarlo, aquel hombre que ahora dormía un profundo sueño artificial había estado muerto. Había visto el negro reino de la muerte.

—Utilicé también una mezcla de plantas que traje de la India, y, entre unas cosas y otras, conseguí mi propósito. Quizá porque el destino lo tenía dispuesto así, vaya usted a saber. Lorraine había muerto a manos de un asesino, no del destino, o de la providencia, o de Dios. A manos de un hombre o de una mujer que habían quebrado la línea de su vida.

—¿Ha hablado con él después de... de su...?

—Dígalo. ¿Resurrección, vuelta a la vida? Pues sí, hablamos largo y tendido antes de sumirle en ese estado de reposo absoluto. Está impaciente por desenmascarar a su asesino.

—¿Sospecha quién fue?

—No tiene la menor idea. Tuve cierto trabajo en lograr que se adaptara a la idea de que era un hombre que acababa de atravesar la barrera de la muerte, así que aún estaba un poco confuso cuando se durmió. Le diré que insistió terriblemente para que le diera un mensaje a usted...

—¡El hombre de la ventana!

—Y bajo el aguacero, ciertamente.

—Y yo que pensó que era una broma de mal gusto...

—Lo fue para mí. Terminé calado hasta los huesos.

—Oiga, coronel. Admito lo que acaba de contarme, aunque parece increíble. Pero ¿por qué abrió los otros ataúdes antiguos? Habían sido bajados a la cripta hace siglos alguno de ellos.

Esta vez, el viejo enarcó sus cejas como cepillos.

—Yo no violenté ningún otro ataúd más que el de Lorraine, muchacha. Los demás estaban intactos cuando me fui. ¿Quiere decir que alguien los abrió después?

—¡Estaban abiertos cuando... cuando yo visité la cripta!

—No lo comprendo, palabra que es inexplicable para mí.

Johnny Lorraine murmuró algo y se agitó. Anne se inclinó sobre él. Vio cómo parpadeaba, cómo sus labios se distendían y pasaba la lengua por ellos para humedecerlos.

Y de pronto abrió los ojos, y ambos quedaron mirándose en medio del silencio, del amor que fluía de sus pupilas como el agua de un torrente.

El musitó:

—Estás aquí, amor mío...

—Johnny...

—¿No te doy miedo?

—Te amo. Igual que antes. Más que antes.

El coronel carraspeó. Nadie le hizo el menor caso, ni siquiera el perrazo, que asomaba el hocico junto a la almohada de su amo.

De modo que juró entre dientes y salió de la habitación, esperando que aquella nube rosa pasara pronto y pudiera volver a ocuparse de aquel hombre que, en parte, era su propia obra.

Johnny dijo con voz queda:

—Sólo sentí morir por ti, por perderte cuando ibas a ser mía... mía por completo.

—No moriste. Tú no has muerto. Ha sido todo un mal sueño. Johnny, del que ya hemos despertado los dos.

El sacudió la cabeza.

—No nos engañemos. Hablé con el coronel. Me envenenaron. Eso no admite discusión. Estuve muerto y todo eso que cuentan de las visiones del Más Allá es pura invención. No hay nada. Sólo negrura, un vacío absoluto..., la nada absoluta y total, Anne.

—Entonces será aún más fácil de olvidar. En realidad, pienso que sólo te dormiste y que ahora has despertado así, en mis brazos.

—¿Te atreves a besarme, Anne?

Ella inclinó despacio su hermosa cabeza. Los labios de él temblaron. Luego, los estrujó en su boca, y el beso fue tan vivo y ardiente como los que recordaba. Desprendía pasión, amor, el latido de la sangre viva que corría por sus venas con la fuerza de la juventud...

Estuvieron abrazados tanto tiempo que el perrazo se impacientó. Levantándose colocó las patas sobre la cama y trató de tomar parte en aquel juego tonto que no entendía. Sus lengüetazos en el cuello de Anne deshicieron el encanto y les arrancaron una espontánea carcajada.

El viejo coronel hubo de aguardar aún mucho tiempo.

CAPITULO VII

En torno a la mesa, durante la cena, nadie parecía deseoso de hablar. De vez en cuando, algunas miradas caían sobre Anne, como sorprendidos de que sus ojos hubieran vuelto a brillar con aquella luz nueva y vital.

Sólo Tommy comentó cuando ya acababan con los postres:

—Celebro que la vuelta del perro te haya alegrado de este modo, Anne.

Ella sonrió.

—Ha significado mucho más de lo que imaginas.

Collin soltó un bufido.

—Es sólo un perro —dijo, despectivo—. Puedes comprarte todo un criadero de ellos si se te antoja.

—Ninguno de los que comprase seria «León», deberías comprender eso, Collin.

—Claro, ya veo... el fiel amigo de Johnny, es eso lo que quieres decir.

—Ni más ni menos. Su más fiel amigo.

—Pues lo ha disimulado bastante bien —rezongó la señora Kall—. Hasta ahora no ha dado muestras de sentir la muerte de Johnny. Siempre oí decir que los perros heles a su amo se desesperan cuando éste muere, que se niegan o comer, que se pasan las noches aullando... Incluso he leído que alguno ha muerto también de nostalgia. Pero esa enorme bestia parece tan contenta como siempre, enredando por todas partes..., como en vida del pobre Johnny.

—Quizá para «León», Johnny aún está vivo.

—No digas simplezas, querida.

Anne se limitó a sonreír. Podía adivinarse su felicidad hasta en los poros de la piel.

Abandonaron el comedor para tomar café en la biblioteca. Poco más tarde, algunos decidieron retirarse a descansar y al fin sólo quedaron Tommy, Brenda y Anne.

Esta encendió un cigarrillo, sentados los tres ante la chimenea.

Brenda murmuró:

—Hasta ahora no tuve oportunidad de agradecerte lo que hiciste por mí anoche, Anne. Yo... bien, no sé cómo expresarlo.

—No necesitas decir nada. Cada uno es dueño de vivir su vida del modo que prefiera. Además, los dos hacéis una hermosa pareja.

—Quería que supieras que nunca lo olvidaré, sobre todo teniendo en cuenta el modo cómo me ensañé contigo al principio. No pude evitarlo.

—También eso está olvidado.

—Ahora ya puedo marcharme tranquila.

Anne dio un respingo.

—¿Marcharte? —exclamó—. ¿Cuándo piensas abandonamos?

—Por la mañana. No podría seguir aquí aunque las cosas hayan cambiado entre tú y yo. Es imposible olvidar lo que vi en la ventana. Si volviera a

aparecer aquella cosa creo que me moriría.
Tommy gruñó:
—No empieces otra vez, nena. Fue una alucinación.
—No, Tommy. Estaba allí, mirándonos de aquel modo, con su único ojo... sólo de pensarlo siento que podría desmayarme.
—Hazlo y me darás la excusa para llevarte en brazos a tu dormitorio.
—Nunca necesitaste excusas para entrar en él —murmuró Brenda con cierto tono de tristeza.
Anne les dirigió una intrigada mirada.
Luego dijo bruscamente:
—Tommy, alguien envenenó a Johnny.
—¿Qué?
—Lo sé con toda seguridad. Alguien que está en esta casa todavía.
—¿Cómo puedes afirmarlo, Anne?
—Aún no puedo explicarte cómo, pero lo sé. ¿Quién crees tú que pudo cometer una monstruosidad semejante?
—No se me ocurre nadie. Ni creo que ninguno de nosotros lo hiciera. Somos una pandilla de parásitos acostumbrados a vivir a costa de la fortuna de los Lorraine, pero de eso a asesinar a Johnny... No, Anne, no puedo creerlo. Por lo menos, que lo hiciera uno de los que estamos en esta casa.
Brenda musitó:
—¿Y la servidumbre? Les deja mucho dinero...
—Vamos, cariño, no conviertas este asunto en una estúpida novela con mayordomo asesino. Te apuesto doble contra sencillo que todos ellos se dejarían cortar una mano por Johnny.
—Entonces, ¿quién?
El se encogió de hombros.
Anne murmuró:
—Está en la casa, Tommy, y anoche intentó matarme a mí. Y quizá vuelva a intentarlo...
—Cambia de habitación sin advertirlo a nadie. O, si confías en mí, deja que vigile mientras tú descansas. Admito que soy un holgazán y que tengo la cabeza rellena de serrín, pero no me asusta un asesino de carne y hueso. Lo que me pone histérico son los tipos como el que describe Brenda.
—No bromees con eso. Además, podrían matarte a ti...
El intentó quitar aspereza a la discusión y dijo, riendo:
—Eso sería todo un trastorno, ¿eh? Habrían de llevarme a enterrar a Londres, porque a mi estaría prohibido enterrarme en el mausoleo. No llevo el apellido Lorraine, así que...
Anne arrugó el ceño.
—¿A qué es debida esta discriminación a la hora de sepultar a los muertos?
—No lo sé bien... data de hace siglos. Hay una especie de leyenda o algo así en torno a esto, aunque si alguna vez me la contaron lo olvidé.

—No deja de ser curioso que sólo puedan ser enterrados en la cripta los miembros de la familia que ostenten el apellido Lorraine... como si los otros no fueran también familia directa...

—Son cosas de otro tiempo. Si te interesa averiguarlo, hay un viejo pergamino en alguna parte que explica la historia. Quizá el mayordomo sepa su paradero actual.

Anne se encogió de hombros.

—No es nada que me preocupe demasiado.

Tommy la observó más intrigado que nunca.

—Mc pregunto qué es lo que te preocupa esta noche. Si hay algo capaz de imponerse a esa extraña alegría que sientes, por supuesto.

—Cuando pueda hablarte de ello te lo diré. Y creo que ya hemos charlado bastante por hoy.

—¿Quieres que me quede acompañándote esta noche, Anne?

—No, gracias. Cerraré bien las puertas y la ventana y no creo que así tenca nada que temer.

Dio las buenas noches, abandonó la biblioteca y los dos jóvenes quedaron solos, en silencio.

Hasta que Brenda lo rompió para decir:

—Sé que nos ha despojado de una inmensa fortuna, y que hasta hace poco hubiera podido arañarla, pero ya no la odio como antes. ¿Puedes comprender eso, Tommy?

—Creo que sí, porque a mí me ocurre más o menos lo mismo. Reconozco que el granuja de Johnny sabía dónde le apretaba el zapato en cuestión de mujeres.

Brenda le rodeó el cuello con los brazos y durante un instante se miraron fijamente, antes de entregarse a un beso interminable.

Después, ella susurró:

—¿Esta noche, querido?

—Claro, esta noche, y todas las noches.

—Todas no. Mañana me iré de aquí, ya te lo dije.

—No dejaré que te vayas. Te necesito. No soy nada sin ti. Tú haces que me sienta grande como un dios.

—Me gusta oírte decir eso. Cuando todos duerman...

—Sí, linda.

La besó fugazmente antes que Brenda se apartara de él. Un segundo más tarde estaba solo.

Sentado ante el fuego, estiró las piernas y encendió un cigarrillo, pensativo. No dejaba de pensar en la incomprensible actitud de Anne, en su alegría apenas disimulada, en el brillo triunfal que desbordaba de sus ojos.

Y el perro tampoco parecía añorar a su amo, como si Johnny aún estuviera vivo y pudiera seguir jugando con 61, como antes.

Se enderezó de golpe al pensar eso. Algo impreciso comenzó a bullir en su imaginación.

Entonces oyó el roce más allá de la puerta y sus ideas se esfumaron al tensarse todos sus nervios.

De un salto estuvo junto a la puerta y escuchó. Oyó algo indudablemente, pero fue incapaz de identificar el leve sonido.

Con extremada cautela abrió la puerta apenas una pulgada y atisbó por la rendija.

Sintió que sus cabellos se erizaban, que todo su cuerpo era invadido por una helada sensación viscosa de terror.

Una figura descarnada subía las escaleras paso a paso. Cubierta de andrajos, los pies descalzos en los que asomaban los huesos allí donde la carne y la piel habían desaparecido, se le antojó una visión del infierno.

Cuando aquella cosa horrenda llegó a la curva de la escalera, la luz de la lámpara le dio en el rostro.

O en lo que alguna vez, Dios sabe cuándo, fuera un rostro, porque de éste sólo quedaba una mínima parte, roída y putrefacta. Una de las pupilas no era más que una negra caverna purulenta. La otra parecía líquida, rojiza, fosforescente. Unos largos mechones de cabellos pajizos se sostenían aún sobre un cráneo huesudo parte del cual era sólo una calavera.

Tommy se sorprendió boqueando sin que ningún sonido brotara de su garganta. Cerró la puerta temblando, el cuerpo cubierto de sudor frío como el hielo. Se quedó apoyado de espaldas en la madera, dudando de su propia cordura.

De pronto pensó en Brenda, en que ella estaba allá arriba. Y en Anne...

Se obligó a respirar hondo. Volvió a abrir la puerta, pero el horrendo personaje había desaparecido.

Salió casi tambaleándose y fue hacia donde colgaba la hermosa panoplia repleta de armas de otras épocas. Vio la mancha más clara, allí donde había reposado el puñal del frustrado asesino. Ahogó un juramento y decidiéndose arrancó una sólida espada, asombrándose de su enorme peso. Con ella en las manos echó a correr escaleras arriba.

De un empujón abrió violentamente la puerta del dormitorio de Brenda. La muchacha acababa de desnudarse y se volvió de un salto, ahogando un grito.

El entró y cerró a sus espaldas, jadeando.

Brenda descubrió entonces su rostro y corrió hacia él, tan desnuda como el día que vino al mundo.

—¡Tommy! ¿Qué te pasa, por qué traes esa espada?

—Lo... lo vi... en la escalera...

—¿A quién?

—No sé quién era. Ni siquiera sé qué era. Subió a este piso. ¡Oh, Brenda, temí por ti... pensé que... que...!

Ella se apretó contra su cuerpo. Sus agudos senos presionaron la húmeda camisa de él, infundiéndole calor.

—¿Crees que era lo mismo que yo vi?

—Casi lo juraría.

Ella estaba lívida ahora.
—Entonces no te apartes de mi, Tommy...
—¿Y Anne? Puede haber ido a su cuarto...
—Hubiera gritado. ¿O no?
—¡Vamos!
—Espera...
Se arrebujó en una bata y ambos salieron al pasillo. No vieron ningún movimiento en él. Se deslizaron paso a paso hacia la habitación de Anne y Tommy llamó suavemente con los nudillos.
La voz asustada de la muchacha susurró al otro lado:
—¿Quién está ahí?
—Yo, Tommy y Brenda, Anne. Abre la puerta, por favor.
—Esperad un momento...
Cuando abrió estaba ajustándose el cinturón de una bata. Les observó, estupefacta de sus expresiones aterrorizadas.
Cerró apresuradamente cuando hubieron entrado. Con voz rota. Tommy le explicó lo que había visto, la razón por la cual empuñaba una espada como los caballeros de la Tabla Redonda.
—No sé dónde se metió ese engendro —terminó él—, pero sin duda está en algún lugar de esta planta de la casa.
Brenda temblaba cada vez con más violencia.
—Yo lo vi la otra noche —lloriqueó—. ¡Esa cosa horrible...!
Anne casi se abrazó a ella. Les pareció que así se infundían valor una a la otra.
Tommy fue a comprobar que la puerta del cuarto de baño estuviera cerrada con llave. Luego hizo lo mismo con la del pasillo y tras esto probó la ventana.
—Por lo menos aquí no podrá entrar. Y si entrara...
Miró a las dos muchachas. Por primera vez en su vida se sintió lleno de responsabilidad. Ellas dependían por entero de él, de su valor, del esfuerzo de su brazo.
Una gran ternura le invadió.
—No entrará —murmuró salvajemente—. ¡Ojalá viniera el maldito engendro del infierno...! Terminaríamos de una vez...
—No digas eso, Tommy.
—Le mataría. Sé que podría despedazarlo. ¡Sé que ahora podría hacerlo, Brenda!
Anne le acarició con su mirada húmeda. Sólo musitó:
—Johnny no se equivocó contigo. Se sentirá orgulloso cuando lo sepa.
—¿Te has vuelto loca tú también? Johnny está muerto.
Brenda murmuró:
—Deberíamos guardar silencio. Así oiríamos si se acercaba...
Asintieron. Los tres fueron a sentarse en el borde de la cama, las muchachas enlazadas por la cintura y Tommy agarrado a su impresionante espada medieval.

Así se deslizó el tiempo.

CAPITULO VIII

Edith Kall se calzó unos guantes. Miró a Jossua Batten y le sonrió. Dijo con voz tranquila:

—No me siento nada alterada, Jos, querido. ¿Y tú?

—Quizá un poco nervioso.

—Todo saldrá bien esta vez. Yo la sujetaré por los pies. ¿Estamos de acuerdo? Tú te echarás encima de ella y le apretarás la almohada contra su cara antes que pueda gritar. Sobre todo, que no grite, Jos. Sujétala fuerte, apriétate contra ella...

Dejó escapar una risa nerviosa. El cabeceó y se puso sus guantes. Quedaron mirándose un instante con fijeza, cómplices de la muerte.

Ella susurró:

—Cuando terminemos, volveremos aquí y... y nos volveremos locos de placer, como hemos planeado, como nunca antes.

—Seguro que si, linda... ¿Vamos?

Ella asintió.

Jossua abrió un poco la puerta y escrutó la semipenumbra del pasillo. Tendió el oído sin que pudiera percibir ningún ruido.

Salió, seguido de la muchacha que fue quien cerró la puerta a sus espaldas.

Antes de deslizarse por aquella oscuridad, él musitó:

—Ten cuidado y no hagas ningún ruido. Apuesto que tu hermano está despierto, retozando con Brenda. Les oí anoche y si están otra vez juntos podrían descubrirnos, porque es seguro que no duermen.

Edith ahogó una risita.

—Que se diviertan —replicó en el mismo tono—. Vamos allá, querido.

Como sombras de muerte se dirigieron a su siniestro destino. Jossua se detuvo en el recodo del pasillo y volvió a espiar el silencio. Luego reanudó su lento avance.

Apenas doblaron el recodo, en el otro extremo del pasillo, a sus espaldas, apareció un ser espectral que se detuvo unos instantes, como asombrado de encontrarse en ese lugar. Era un hombre alto y recio, de rostro sombrío, cubierto por espesa barba. Vestía jubón y de su cinto colgaban una larga daga y una espada. Luego, como tomando una determinación, avanzó.

No producía el menor ruido, cual si flotara en el aire con sus pasos lentos y pesados.

Más adelante, los asesinos se detuvieron ante la puerta de Anne. Edith musitó al oído de su amante:

—¿Trajiste la llave que te di?

—Sí.

Primero probó el tirador con infinito cuidado. La puerta estaba cerrada con llave. Sacó ésta del bolsillo, inclinado sobre la puerta, con la muchacha tensa y encorvada a su lado, como si se dispusiera a saltar a la habitación tan pronto

él abriera la puerta.

Jossua introdujo la llave despacio. A pesar de sus cuidadosos esfuerzos no pudo evitar un leve tintineo de metal. Suspiró cuando consiguió encajarla.

Iba a darle la vuelta cuando la garra se hincó en su hombro.

Primero creyó que era Edith que trataba de calmar su nerviosismo. Luego, la garra apretó y fue como si una llamarada penetrara en su carne.

Dio un brinco, ahogando los gritos de dolor a duras penas. Edith se volvió también, asustada.

Entonces descubrieron aquella visión aterradora, aquel ser podrido y aquel ojo maligno que parecía burbujear. La otra zarpa del monstruo subió de pronto cuando Edith boqueaba sin encontrar voz, y se cerró sobre sus senos con una fuerza salvaje. Los huesos de los dedos, las uñas afiladas y negras, se hundieron en la tibia carne blanda, honda, profundamente.

Entonces pudo gritar, mientras aquel horrible fuego penetraba dentro de ella como la lava de un volcán, fue un grito espantoso, inhumano, el que vibró en el pasillo cual un bestial rugido de bestia herida.

Jossua pudo aullar a su vez, mientras la garra seguía hundiéndose y hundiéndose, y con ella entraban las llamas, el fuego, el dolor increíble que no era de este mundo.

Intentó echarse atrás, horrorizado. La zarpa siguió clavada en su carne, inmovilizándole.

Edith, aullando, rugiendo, sí saltó atrás. Entonces la desgarradura alcanzo cimas de vértigo y profundidades de infierno, porque en su salvaje tirón, el seno se le desgarró y quedaron jirones de carne entre los huesos del monstruo, goteando sangre, mientras todo giraba a su alrededor y la casa se llenaba de gritos y portazos.

No obstante, en sus entrañas continuó aquel fuego horrendo, inundándola, matándola poco a poco, mientras su voz se apagaba en el paroxismo del dolor total y absoluto.

Dentro del dormitorio de Anne las dos muchachas se habían abrazado. Tommy estaba junto a la puerta, la espada en la mano, oyendo los rugidos de voces que no parecían siquiera humanas.

De pronto no pudo soportarlo más y gritó:

—¡Entrad en el cuarto de baño y cerrad bien las puertas con llave!

—¿Y tú?

—Voy a salir... no puedo soportarlo más. ¡Voy a matar a ese engendro!

—¡No, Tommy!

—¡Adentro dije, aprisa!

Anne tiró de Brenda y ambas corrieron a encerrarse en el cuarto de baño. Tommy probó a abrir la puerta y no pudo. Furioso, dio vueltas a la llave, sacudió la madera y todo fue inútil.

Sintió tentaciones de destrozar la madera a golpes de espada, porque los aullidos de muerte se apagaban poco a poco allá fuera sin que él pudiera acudir en ayuda de las víctimas del ser infernal que viera en la escalera.

Corrió al cuarto de baño, y cuando le abrieron entró de un salto.

—¡No puedo abrir la puerta! —exclamó—. Voy a salir por esta otra...

—Acabo de cerrarla con llave...

Arrebató la vicia llave de manos de Anne y nerviosamente intentó abrir.

Al igual que en la otra puerta, todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

—¡La llave gira en la cerradura! —balbuceó, espantado—. ¡Se oye saltar la cerradura y, sin embargo, la puerta no se mueve!

Las dos muchachas se miraron, perplejas. Tommy barbotó:

—Es como si un poder superior sujetase las puertas...

Volvieron al dormitorio, las muchachas abrazadas y el enarbolando la espada, fija la mirada en la puerta que ahora les encerraba de modo inapelable, dispuesto a luchar, a matar. Miró a las muchachas y pensó que incluso no le importaba morir si fuera preciso para evitarles todo daño.

Los gritos habían cesado, pero se oían otros más lejanos, aunque no eran gritos de dolor, sino de interrogación, de espantado querer saber.

Hasta que un nuevo alarido vibró entre todo lo demás.

—¡Collin! —Barbotó Tommy—. ¡Es su voz, estoy seguro!

No se equivocaba. Collin Royce había salido de su cuarto como empujado por un resorte. Casi se dio de narices contra la aparición del guerrero armado de daga y espada. Quedó helado. Luego, quiso volver atrás, cerrar de nuevo la puerta.

Aquel hombre surgido del pozo del tiempo no se lo permitió. Lanzó un tajo con la espada y ésta penetró en el pecho de Collin tan suavemente como si éste fuera de cera. Fue entonces que gritó, cuando la espada retrocedía, para caer otra vez sobre él, y otra, en un salvaje ensañamiento que provocó surtidores de sangre y la muerte del joven cuando se retorcía sobre sí mismo en el suelo.

Simón Sharp había contemplado la escena impotente, paralizado de horror. Cuando vio a la aparición girar sobre los pies se metió en su cuarto y cerró con llave. Empezó a atrancar la puerta, pero nadie intentó forzarla.

Se escuchaban gritos y carreras en todas partes. Alguien se alejaba a todo correr escaleras abajo. Las puertas retumbaban al ser cerradas de golpe, y se oía el arrastrar de muebles con los que atrancarlas y asegurarlas.

Tommy no apartaba la mirada de la suya; la del cuarto que continuaba cerrada. Sentía los nervios al borde del colapso, y había ocasiones en que se sorprendía rechinando los dientes como un animal de presa.

Anne musitó:

—¿Qué supones que está pasando, Tommy?

—¿Cómo podemos saberlo?

—Ya no se oye tanto alboroto... —dijo Brenda.

—Porque deben haberse encerrado todos en sus habitaciones.

—¡Escucha! —exclamó Anne.

—El perro está ladrando. Pues sí que es una gran ayuda.

Anne corrió a la ventana y la abrió. En medio de la noche, los ladridos de

«León» retumbaban como si estuviera furioso.

De pronto lo vio aparecer allá abajo, confusa sombra rauda que cruzó hacia la esquina y desapareció.

—¡Va hacia la puerta principal! —balbuceó—. ¡Dios mío, no...!

—¿Qué te pasa ahora? Un perro sabrá valerse por sí mismo.

—Tú no comprendes... el perro sabe...

—¿Qué es lo que sabe?

—Que él ha venido.

—Pero, Anne, ¿qué te ocurre, de qué estás hablando?

—¡He de salir de aquí, Tommy!

—Bueno, prueba a abrir esa puerta y verás lo que pasa.

Anne se precipitó a la puerta. No pudo ni moverla.

La golpeo con los puños, sollozando. Sacudió el tirador como si quisiera arrancarlo sin que la madera cediera ni media pulgada.

Brenda hubo de luchar para arrastrarla de vuelta hacia el lecho revuelto.

Tommy pegó el oído a la puerta. Le pareció oír la voz del mayordomo, muy lejana, y un coro de asustadas mujeres le respondió. Seguramente la servidumbre, que no se atrevían a invadir aquel mundo de pesadilla.

Retrocedió acercándose a la cama donde Brenda apretaba a Anne sobre su pecho.

—¿Cómo está? —gruñó.

—No comprendo qué le pasó... es sólo un perro, ¿no te parece? Y pareció volverse loca.

Anne levantó sus ojos desorbitados.

—No comprendéis... está aquí, ha venido y le matarán...

—Sigo sin entender nada. ¡Condenación! Ojalá se abriera esa maldita puerta de una vez y pudiera enfrentarme a ese engendro. Eso sería preferible a esta incertidumbre.

Apenas había dejado de hablar, Brenda se levantó de un brinco, señalando la puerta.

Anne cayó sentada a un lado. Tommy se volvió. La puerta giraba en silencio.

Levantó la espada y dominando el pánico se dispuso a pelear, a matar o morir si aquello que viera era más fuerte que él.

Entonces la puerta acabó de abrirse y Johnny Lorraine quedé enmarcado en el umbral.

Brenda boqueó. No pudo ni gritar. Puso los ojos en blanco y se desplomó hecha un ovillo.

La espada se deslizó de los dedos inertes de Tommy, que no daba crédito a sus ojos.

Sólo Anne dio un salto y corrió hacia el recién llegado.

Le abrazó, sollozando.

—¡Oh, Johnny, Dios mío, Johnny...!

El la levantó en vilo, entró y cerró la puerta con el pie. Con la muchacha en

brazos se quedó mirando a Tommy con una sombría expresión en la cara. Luego, miró la inútil espada, a Brenda desmayada y de nuevo a Tommy.

Dijo con voz tranquila:

—Comprendo... te sentiste caballero andante, defensor de esas dos damas...

—¡Johnny... por el cielo...! ¿Qué clase de infierno se ha desatado esta noche?

Lorraine avanzó para depositar a Anne sobre la cama. Ella era incapaz de despegar sus ojos de él.

Tommy balbuceó:

—Me he vuelto loco. Estoy viendo lo que no existe y eso sólo puede ser porque mis sesos se han convertido en agua... Anne, dime que no es cierto... que no está aquí.

—Tócame, no soy ningún fantasma.

—¡Pero tú estás muerto!

—Lo estuve.

—¡Y aún dice que lo estuvo! Y que no es ningún fantasma...

Se volvió de espaldas, jadeando, seguro que cuando girase otra vez aquella aparición habría desaparecido.

Lo probó, atisbando por encima del hombro.

Johnny Lorraine seguía allí, sólido, macizo, inclinado sobre Anne a la que estaba rozando los labios en un leve beso.

Se cubrió la cara con las manos y cayó sentado sobre una silla. Entre dientes barbotó:

—He perdido la chaveta... estoy loco de remate... como un chivo, eso es...

Pero por entre los dedos cruzados siguió viendo la sólida figura de su primo, tan vivo como el beso que nacía en los labios de Anne...

CAPITULO IX

Tommy había depositado a Brenda sobre el lecho. Seguía como flotando, porque la presencia de Johnny desbordaba toda razón; sin embargo, ahora sabía que era un ser de carne y hueso, y guiándose por su filosofía personal decidió que alguien daría explicaciones en algún momento.

Así que volviéndose hacia el dueño de la residencia le espetó:

—¿Cómo abriste esa puerta?

—Empujándola. ¿Cómo si no?

—Estaba sujeta por algo. No pudimos ni moverla...

—Eso no importa ahora. Explícame que está ocurriendo en la casa. Hay dos cadáveres en el pasillo... casi carbonizados. ¿Cómo han muerto?

Tommy boqueó. Anne contuvo el aliento.

—Les oímos gritar —balbuceó la muchacha—. ¿Quiénes son, pudiste...?

—No me entretuve en reconocerlos. Están renegridos, como chamuscados por el fuego, sin embargo, no hay señales de ningún incendio. No comprendo nada, Annie.

—Y no oíste los gritos —dijo Tommy acercándose a la puerta—. Fue espantoso, horrible. Y Collin... también gritó, en alguna parte. Y luego, aquella cosa podrida dando vueltas por la casa.

Johnny le observó perplejo.

—¿De qué cosa estás hablando?

—No sé lo que era... Oye, ¿de veras no estás...?

—No te preocupes por mí, estoy perfectamente. Sigue contándome, necesito saber.

—No veo que puedo explicarte yo, cuando tampoco entiendo nada. Vi una especie de resucitado... ¡Cristo! Hablando de resucitados, y tú aquí, escuchándome...

Johnny esbozó un gesto de impaciencia. Anne murmuró:

—Tú deberías saber lo que sucede, Johnny. Es como si el infierno se hubiera dado cita en la casa... y es tu casa. Sea lo que fuere, ocurre aquí.

—No sé..., debería recordar algo sobre la vieja historia de los Lorraine. Algo respecto al asesinato del primogénito, pero estoy aturdido...

—Si estuviste muerto, aturdido es lo menos que puedes sentirte —rezongó Tommy.

Al fin se asomó al pasillo. Vio dos amasijos en el suelo, dos cuerpos retorcidos, como si una fuerza infernal les hubiera estrujado antes de matarlos. Bajo ellos se extendía un charco de sangre negruzca y seca.

Era imposible reconocerlos por lo que quedaba de sus facciones. Sólo vio que habían sido un hombre y una mujer. Por algún extraño fenómeno estuvo seguro que se trataba de su hermana. No podía ser nadie más.

Retrocedió a trompicones, lívido, la mirada extraviada.

—Antes de gritar… —balbuceó—, antes de que gritasen de aquel modo

horrendo, Anne, ¿recuerdas lo que pasó?

—Sí. Alguien introdujo una llave por la parte de fuera. Alguien quiso abrir la puerta...

—Eso es. ¡Ellos, condenación! Vinieron aquí... a matarte, Anne.

—¿Quiénes?

—Mi hermana... y el otro, seguramente Jossua. El monstruo debió sorprenderles mientras forcejeaban con la cerradura.

Johnny Lorraine hizo una mueca.

—Entonces, hemos de presumir que también fueron ellos los que lo intentaron la otra noche. Anne me contó lo sucedido con el puñal. Y a mí alguien me envenenó, Tommy. Saca tú mismo las consecuencias.

—Ya veo..., aunque no me explico que estés vivo.

—Habrá tiempo para hablar de eso. Hay que asegurarse de que los demás están bien. Dices que oíste gritar a Collin...

—Como si estuvieran matándole, ciertamente.

—Deben haberse encerrado en sus habitaciones —rezongó Johnny—. Si voy en su busca son capaces de echar a correr. Mejor será que les llames a la biblioteca y allí trataremos de aclarar lo que pasó. Pero antes háblame de ese ser extraño que viste.

—¿Extraño? —Bufó Tommy—. ¡Era algo más que eso!

A borbotones le contó lo que viera, cómo era aquel espectro que había subido las escaleras ajeno a todo.

—Y no creas que estaba loco entonces —gruñó—. Quizá lo esté ahora, porque si uno se detiene a pensarlo estoy charlando con alguien a quien ayudé a enterrar... Bueno, a lo que iba, vi con toda claridad a esa cosa nauseabunda. Y no es el único espectro que se ha trasladado a vivir aquí. Hace un par de noches vi a otro armado de espada y daga, aunque fue sólo un segundo.

—Eso sí que resulta inexplicable.

—Pues si tú no tienes explicación para ese desfile de monstruos, ya me dirás quién la tiene. La casa es tuya. ¡Maldita sea! Ahora que hablamos de la propiedad de la casa... si tú estás vivo, yo no heredo tus fabricas de plásticos, ¿eh?

—Creo que no.

Tommy suspiró.

—¡Al diablo con ellas! Yo no nací para encerrarme en una oficina..

Blenda gimoteó, recobrando el conocimiento con dificultad. Anne se inclinó sobre ella mientras los dos hombres se asomaban al pasillo.

No se veía a nadie ni se oía una sola voz.

Johnny señaló los dos cadáveres renegridos.

—¿Estás seguro que se trata de tu hermana, Tommy?

—Sólo puede ser ella. Mi madre es mucho más gruesa. A veces me asustaba su voracidad y pensaba que nunca sería feliz en este mundo, ansiando más y más... Bueno, espero que pueda serlo en el otro.

—Trata de reunir a todos abajo, en la biblioteca. No les digas que he vuelto

o te atarán una camisa de fuerza. Es mejor que les explique yo mismo lo sucedido.

—Y habrá de ser una explicación condenadamente buena a mi entender —rezongó Tommy, internándose por el oscuro pasillo con un trío espeluzno en la piel.

Johnny cerró la puerta y se volvió hacia las dos muchachas. Brenda le miraba sobrecogida de espanto, con los ojos a punto de caerle de la cara.

El gruño:

—Explícaselo, Anne. Si yo le digo que estoy vivo después de haber muerto, no me creerá.

Brenda jadeó:

—¡Eso puedes jurarlo! Yo vi cómo te enterraban..., estabas bien muerto.

El se encogió de hombros.

—No puedo explicártelo ahora. He de averiguar qué diablos está pasando en mi casa... A mí me envenenaron, de eso no cabe la menor duda, así que alguien asesinó al primogénito... al propietario, al único Lorraine viviente...

De pronto pulsó el timbre del servicio una y otra vez.

Anne murmuró:

—Dudo que se atrevan a acudir, Johnny, después de todo lo que ha pasado.

Sólo que en eso se equivocó. Minutos después, unos nudillos golpearon la puerta. La voz del mayordomo preguntó:

—¿Ha llamado usted, señorita?

Ella miró a Johnny. Luego fue a abrir. James entró, pálido y asustado.

—Ahí fuera... —balbuceó—, esos cuerpos, señorita...

Anne no replicó. No tuvo ocasión, porque en aquel momento James descubrió a Lorraine y dio tal brinco que por poco no voló hasta el techo. Pareció que iba a echar a correr, boqueando como un pez fuera del agua.

Johnny gruñó:

—No vayas a desmayarte tú también, James. No soy un aparecido.

—Este... señor, yo... yo no lo creo. Disculpe.

—No tengas miedo, hombre, soy un ser de carne y hueso, como fui siempre. Serénate, porque necesito tu ayuda.

—Sí, señor.

Johnny dio unos pasos hacia él. James se apresuró a retrocederlos.

—Bueno, no voy a morderte —refunfuñó Lorraine—.

Escucha y no me hagas perder tiempo. ¿Tú recuerdas los detalles de la vieja leyenda de mis antepasados? Había aleo relacionado con el asesinato del último Lorraine o algo así.

—Del primogénito, señor. O del único heredero.

—¿Lo recuerdas?

—Sí, señor. Además, no hace mucho tiempo aún, vi el pergamino, cuando ordenaba el archivo.

—¿Crees lo que dice ese pergamino?

James titubeó, apurado.

—Bueno, jamás me detuve a pensar en eso. Siempre creí que eran viejas supersticiones. Pero ahora ya... ya no sé qué pensar. Usted está muerto y no obstante vive, y habla... o yo me vuelvo loco, con perdón, señor.

—Nadie te perdonará si pierdes la chaveta ahora. Busca ese pergamino, quizá en él esté la explicación de lo que sucede aquí esta noche.

—Este..., ¿quiere que suba al desván, al archivo... ahora?

—Ya veo. Tienes miedo.

—Y no poco, señor. Han matado al señor Collin... y eso de ahí fuera, y todos los gritos y...

—No hagas inventario de desastres. Hemos de aclarar este misterio cuanto antes, así que necesitamos ese maldito pergamino. Iré yo mismo a buscarlo.

—Espere, señor. Subiré yo..., aunque casi puedo recitarlo de memoria.

—Prueba a hacerlo entonces.

Fuera, comenzaba a oírse rumor de puertas, y pasos que descendían las escaleras. Tommy estaba cumpliendo con su cometido.

James carraspeó.

—Según relata el pergamino, señor, hace cientos de años un pariente de la familia Lorraine, que no llevaba el apellido porque no era de ascendencia Lorraine, asesinó al primogénito de la dinastía y a su esposa, con el fin de apoderarse de sus riquezas. De ahí parte la maldición contra todos los familiares no directos. Se prohíbe que sean enterrados en el mausoleo de los Lorraine, y según reza el escrito, si algún pariente, en cualquier época, tiempo o lugar, asesina a un Lorraine para heredarle, provocará la venganza de todos los Lorraine vivos o muertos. Eso recuerdo que está subrayado, señor. Vivos o muertos. Saldrán de sus tumbas y volverán del reino de la muerte para hacer justicia exterminando a los herederos culpables y no descansarán en paz hasta que la muerte del señor de Lorraine haya sido vengada...

—Lo recuerdo... ahora recuerdo todo eso.

—Pero, señor, usted no fue asesinado... y está aquí, vivo. Aunque hubiera algo de cierto en esa leyenda nada de ello tendría sentido ahora.

—Te equivocas, amigo mío. Yo fui asesinado, aunque eso requiere una explicación para la que ahora no tenemos tiempo. De algún modo se ha desatado esa vieja maldición, si hemos de creer lo que me han dicho aquí esta noche. Pero yo estoy vivo, así que no debe seguir, no tiene objeto alguno, sobre todo si los culpables ya han pagado su crimen... antes que pudieran cometer otro peor —terminó, mirando a Anne con sus ojos que fulguraban.

—Entonces, señor, y disculpe... ¿Usted está realmente vivo?

—Me parece que sí. Ya deben estar todos en la biblioteca, así que vamos a acabar con todo este asunto de una vez. Ocúpate de que preparen café y cuando esté hecho lo sirves en la biblioteca.

James asintió sin poder apartar su mirada atónita del aparecido. Para él, Lorraine continuaba siendo un fantasma.

Pero salió y sus pasos sonaron presurosos alejándose por el pasillo.

Brenda murmuró:

—Hasta que no me expliques lo que te pasó, yo sigo pensando igual que James. No eres más que un aparecido, Johnny...

—Puedo pellizcarte para que te convenzas de que soy real.

Anne dijo, con una leve sonrisa:

—Para ese cometido, Tommy tiene la exclusiva...

—Lo había olvidado. Vamos a bajar y aclarar las cosas definitivamente.

En la biblioteca, Tommy estaba diciendo:

—Mejor será que te sientes, mamá, o te caerás de espaldas dentro de un rato. Y lo mismo sirve para los demás. Están pasando cosas que no las entiende ni el demonio. Siéntate ahí, tío Simón. Y tú también, Anthony... ¡Ajá! Creo que debo poneros en antecedentes de algunos hechos para los que no tengo calificativos.

—¿De qué estás hablando? Yo vi cómo aquel espectro asesinaba a Collin... y algo más debió pasar —añadió Simón—, porque oí los gritos y...

—En cierto modo, lo que pasó fue una especie de bárbara justicia —rechinó Tommy entre dientes—. Para empezar, creo que todos debéis saber que Johnny fue asesinado. Envenenado para ser exactos.

Simón Sharp casi se ahogó. Anthony Parkins sacudió la cabeza y murmuró:

—Absurdo. Tommy, sencillamente increíble.

Su propia madre le espetó:

—¿Qué te pasa; estás borracho? El doctor certificó un colapso cardíaco.

—Ese viejo matasanos no ve más allá de sus narices. Johnny fue envenenado. Pero lo más terrible, con serlo el asesinato en sí, es la identidad de los asesinos, madre.

—¡Tommy...!

El desvió la mirada. Se disponía a mencionar los nombres de su hermana y de Jossua Batten como a los criminales, cuando Johnny Lorraine y las muchachas aparecieron en la puerta.

Anthony Parkins pareció quedar convertido en una figura de piedra.

Y Helga Kall dio tal alarido que su voz vibró como la aguda nota de un clarín.

—¡Tú! —jadeó, retrocediendo—. ¡Tú, maldito...! No puedes haber vuelto después de muerto...

Todos se quedaron mirándola ahora. Ella manoteaba y sus ojos estaban desorbitados, cristalinos.

—¡No estás aquí..., es un truco de esa perra... para que confiese...!

Tommy dio un respingo.

—¡Mamá! —exclamó.

—¡No te metas! Lo hice por vosotros... por esa fortuna que iba a parar a manos de una perra extraña a la familia...

Tommy sintió que le fallaban las piernas. La mirada implacable de Lorraine estaba ahora terriblemente fija en la histérica mujer.

—De modo —murmuró—, que fue usted.

—¡Sí, maldito, yo lo hice! Y lo repetiría tantas veces como fuera necesario para... para que...

—¡Basta, mamá! —rechinó Tommy, espantado.

—Nadie debía saberlo, ni mis hijos. Y no me sirvió de nada... la herencia... todo para la perra forastera...

—Salga de esta casa, tía Helga, y no. vuelva jamás. No la denunciaré, ya tiene suficiente castigo. Usted desencadenó algo que aún no tiene explicación, pero de un modo u otro sobre su conciencia pesará la muerte de su propia hija mientras usted viva. Salga de aquí y no vuelva —repitió con amargura.

Tommy se cubrió la cara con las manos, lleno de dolor. Brenda corrió a su lado y, abrazándolo, se quedó pegada a él; más unida a él que cuando estaban juntos en el lecho.

Helga Kall caminó con pasos vacilantes hacia la puerta. Sus facciones crispadas infundían espanto.

Llegó a la puerta y salió. Pero allí se detuvo en seco, horrorizada. Dio un aullido y llevándose las manos al corazón rugió:

—¡No, no...!

Todos se volvieron. Tuvieron tiempo de verla retorcerse como un sarmiento antes de caer hecha un ovillo al suelo.

De un salto, Johnny estuvo a su lado. Miró en tomo, pero no pudo descubrir qué había horrorizado a la mujer antes de gritar.

Luego, cuando se inclinó sobre ella, comprobó que estaba muerta.

De algún modo, lo venganza de los Lorraine se había cumplido hasta el final.

Sintió los dedos de Anne deslizándose entre los suyos. El calor de aquella piel que amaba le devolvió a la realidad, al mundo que de nuevo volvía a girar en torno a él lleno de vida, después de haber osado atravesar la barrera de la muerte.

FIN